

# CONCEPTO ESPÍRITA DE LA SOCIOLOGIA

Manuel S. Porteiro



# CONCEPTO ESPÍRITA DE LA SOCIOLOGIA

Manuel S. Porteiro

## EL ESPIRITISMO FRENTE AL PROBLEMA SOCIAL

### I

Las convulsiones políticas y sociales del momento histórico en que vivimos nos obligan a apartar nuestra atención de los problemas de índole psicológicas para fijarla en los de índole económico y social, que ocupan también una de las fases de nuestros estudios y exigen ser tratados a la luz del Espiritismo.

Vivimos en una hora de inquietud social, de incertidumbre política, de crisis económica, en que las naciones parecen haber perdido el control de sus actos, en que nadie se entiende o aparenta no entenderse, en que las ambiciones de mando y de poderío han roto el freno de las viejas democracias para tomar, por el imperio de la revolución, las riendas del mundo, en que la defensa del actual régimen social se muestra a cara descubierta empuñando el fusil de la dictadura, y decimos con la cara descubierta porque, de hecho, ha existido siempre, aunque disfrazadas con el antifaz de una falsa democracia. A esta dictadura de los de arriba responde la dictadura de los de abajo, y en torno de estos dos extremos giran y se chocan las tendencias en aparente confusión.

Estas convulsiones que se notan en todos los órdenes de la vida social, en el mundo entero, no son más que los síntomas del nuevo parto de la historia: los estertores de una sociedad que agoniza y los anuncios de una nueva sociedad que nace.

Ante lo que se va y que viene, demás está decir que los espiritistas no inclinamos decididamente por lo último. Somos evolucionistas, amamos la justicia, defendemos la verdad y trabajamos anhelosos por el bien, tanto individual como social: deseamos una sociedad mejor y bregamos por su pronto advenimiento.

Carecería, por lo tanto, de exacto conocimiento del Espiritismo quien creyese que éste tiene por única misión ocuparse de las cosas del espíritu, de los problemas del alma, haciendo de él una ciencia puramente experimental para lograr establecer la certeza de nuestra inmortalidad y buscar la felicidad para después de esta vida. Si éste es, ciertamente, su objeto primordial, por cuanto constituye la base sobre la que

descansa toda su estructura ideológica, no se circunscribe, ni podía circunscribirse a esto solo, sin dejar de cumplir su función profundamente revolucionaria en todos los órdenes de la vida, tanto individual como social.

El Espiritismo tiene miras más amplias, horizontes más dilatados: es, aparte de una ciencia experimental y filosófica, una ideología social, que persigue una finalidad superior en este mundo donde, a la par que los ideales más generosos, pero sin base sólida, se encuentran las tendencias más conservadoras y egoístas, los odios más perversos, las miserias morales más grandes, las ambiciones más mezquinas y repudiables.

Es Espiritismo no considera a sus adeptos desvinculados de la sociedad, ni los concibe felices y satisfechos contemplando el dolor y la miseria de los desheredados frente al placer desenfrenado y la riqueza deslumbrante de los detentadores. Para él, el hombre es un ser social y, por lo tanto, le enseña a ser solidario con la sociedad en todo cuanto, tienda a su mejoramiento, a la mayor justicia y bienestar de todos y de cada uno.

Aunque explica la razón de ser de muchos males individuales y sociales, fundándose en la ley de causalidad espirita-lo que no significa justificarlos- no considera a la sociedad en estado estático, sino dinámico, es decir, evolucionando continuamente hacia una finalidad superior que se realiza con el tiempo y en proporción a los esfuerzos que en tal sentido se hacen.

La doctrina espiritista –que por ignorancia muchos consideran conservadora y otros, por interés, la aceptan como sostén de todos los latrocinios e iniquidades sociales- es tan profundamente revolucionaria, y, al mismo tiempo constructivo, que nada queda a su paso de injusto, de malo e inmoral, que no lo destruya, y nada destruye que no sea capaz de suplirlo con edificaciones más buenas, más sólidas y mejor cimentadas. Desde este punto de vista, encaramos los espiritistas los problemas sociales.

Tenemos una finalidad social que no difiere de los ideales más avanzados sino por el concepto espiritual, indefinidamente progresivo, que tenemos del ser humano.

Repudiamos el régimen de explotación y de enojosos privilegios en que vivimos, la moral hipócrita e interesada que de él se desprende, la justicia unilateral y ajustada a las prerrogativas económicas, el latrocinio de los gobernantes y la actitud de los gobiernos que, amparados en leyes constitucionales injustas y anacrónicas – cuando no en las fuerzas arbitrarias a estas mismas leyes – se creen amos de los pueblos, cuando sólo deberían ser sus servidores y que, no pretextando de administrar los intereses generales de las naciones, aseguran el monopolio y la riqueza

desmedida de unos, a costa de trabajos y la miseria de los otros; repudiamos también la falsa educación que se ajusta a los convencionalismos sociales y a las leyes que los defienden, y a estas mismas leyes, que hacen del crimen legal una virtud patriótica, y de la verdadera virtud un delito punible, que ampara, en fin, el asesinato, el robo y las inmoralidades más grandes y luego, como una misión, castigan despiadadamente delitos menores, que derivan de la misma injusticia e inmoralidad que la ley ampara. No nos avenimos con la política de rapiña internacional, que hace que los países más fuertes se posesionen de los más débiles o ejerzan hegemonía sobre ellos, ni con las guerras fratricidas, que no tienen otra finalidad por parte de los que las hacen, que la de asegurar el imperio capitalista de unas naciones sobre otras, de satisfacer ambiciones económicas o cuando no, afianzar el régimen de la explotación humana impidiendo que otros, más en concordancia con la justicia y el derecho natural, se abran paso.

En fin, el espiritista – por lo menos el que lo es de verdad – no puede menos que repudiar todo esto y lo mucho más malo que existe en este mundo, por ignorancia o maldad de los hombres. Y, al repudiarlo, aspira, naturalmente, a un régimen de libertad, de igual economía y de verdadera fraternidad, donde la justicia no sea un mito, donde el derecho natural no se posponga al derecho del más fuerte y del más pillo, donde el bienestar sea común, donde la paz del mundo sea una verdad, donde la democracia no sea un truco, donde la caridad no sea una insultante limosna, ni el amor una veleidad, ni la solidaridad una especulación.

Pero, ¿será posible que en este mundo destinado, según creencia general, al dolor y a la expiación, en este infierno de pruebas, en este presidio de almas condenadas al suplicio, pueda realizarse progreso tal? ¿Cabrán en él tantas cosas buenas? ¿No se oponen al deseo de conquistarlas las enseñanzas del Espiritismo?

Yo creo que todo esto es asequible a la evolución de la sociedad humana, que puede llegar a realizarse, y que tal realización, en tiempo más o menos cercana, depende de los esfuerzos que los hombres de buenos sentimientos y más capacitados y decididos en la obra de la transformación social hagan para conseguirlo, y que, lejos de ser contrario a las enseñanzas del Espiritismo, es la esencia misma de su doctrina. Pero, aun cuando no fuese realizable, siempre será una noble aspiración, una función elevada de nuestra vida, el propender a ellos y, al hacerlo podremos estar seguros de no haber equivocado nuestro camino.

Para demostrar que lo que venimos sosteniendo no es una simple opinión personal concebida al margen de la doctrina espírita, voy a exponer lo más sencillamente posible, algunos conceptos sociológicos extractados de las obras de Allan Kardec, porque la enseñanza expuesto en ellas no lleva el sello de una sola personalidad, sino que es el contenido filosófico de muchas opiniones que, aunque no sean posibles, reflejan unánimemente la esencia de la doctrina y que también

porque Kardec, el más humanitario de los maestros espiritistas, que hizo de los Evangelios su estandarte, de la caridad más grande virtud, y la actitud más noble de la humanidad, no puede ser sospechado por nadie de “anarquista peligroso”...

Tomaré, pues, del autor mencionado, solamente lo que se relaciona con el problema social, entresacándolo de las páginas de sus libros, en donde se encuentra mezclado con otras enseñanzas de orden moral.

## II

Respondiendo Kardec (1) a la pregunta de si la desigualdad de condiciones sociales es una ley natural, dice: (\*)

“— No, es obra del hombre y no de Dios”. (Item 806)

A la pregunta de si esta desigualdad desaparecerá algún día, contesta:

“— Sólo las leyes de Dios son eternas. ¿No ves cómo cada día se borra poco a poco? Semejante desigualdad desaparecerá con el predominio del orgullo y del egoísmo...”

“— ¿Qué debe pensarse de los que abusan de la superioridad de su posición social para oprimir, en provecho suyo, al más débil?”

“— Merecen ser anatematizados – dice – ¡Infelices de ellos! serán oprimidos a su vez...” (Item 807)

“— ¿La desigualdad de riquezas no tiene por origen la desigualdad de facultades?”

“— Si, y no – responde –.¿Qué me dices de la astucia y del robo?” (Item 808)

Ante la afirmación de que la riqueza hereditaria no es fruto de malas pasiones, contesta:

(1) ALLAN KARDEC. El Libro de los Espíritus.

(\*) Con mayor propiedad, debería decir el autor, que son respuestas de los Espíritus, ante las preguntas formuladas por Kardec. (Nota de los Editores)

“— ¿Qué sabes tú?, remóntate hasta su origen y verás si siempre es puro. ¿Sabes tú si en un principio no fue fruto de una expoliación o de una injusticia? Pero sin hablar del origen, que puede ser malo.¿crees tú que la codicia del bien, aun del mejor adquirido, los deseos secretos que se conciben de poseerlos cuanto antes, son sentimientos laudables?...” (ídem)

Respondiendo a si es posible la igualdad absoluta de riquezas, dice:

“— No, no es posible. La diversidad de facultades y de caracteres se opone a ella”.  
(Item 811)

Entiéndase bien que Kardec se refiere aquí a la igualdad absoluta”que hemos subrayado de intento para que no se confunda con la igualdad relativa o proporcional o mejor dicho, con la igualdad de deberes para producir la riqueza en proporción a las fuerzas y actitudes de cada uno y a la igualdad de derechos para satisfacer las necesidades y gozar de las riquezas en la misma proporción, que es lo que, en Sociología, se entiende por igualdad económica y social, lo que las tendencias socialistas persiguen, lo que el Espiritismo sustenta en sus principios y lo que los espiritistas proclamamos como finalidad social y perseguimos nuestra moral superior y con la crítica sana, fecunda, de la actual sociedad.

La palabra “riqueza” tiene aquí un significado también muy relativo, si se analiza a la luz meridiana de la siguiente sentencia de Kardec:

“Sólo es legítima la propiedad que ha sido adquirida sin perjuicio de otros”. (Item 884)

Y de esta otra no menos luminosa:

“Prohibiendo la ley de amor y justicia que hagamos a otros lo que no quisiéramos que se hiciera con nosotros, condena por lo mismo, todo medio de adquirir que fuese contrario a esa ley”. (Item)

Desde este punto de vista, no hay riqueza propiamente dicha bien adquirida, y lo único que, en tal sentido, puede considerarse legítimo, es el relativo bienestar que cada uno pueda labrarse con el esfuerzo propio y sin perjuicio de los demás que, de ningún modo constituye una riqueza.

Si la igualdad (absoluta) de riquezas no es posible ¿sucede lo mismo con el bienestar?

“— No – responde Kardec –; pero el bienestar es relativo, y cada cual podría disfrutar de él si los entendiéseis...” (Item 812)

Y luego agrega:

“Los hombres se entenderán cuando practiquen la ley de justicia”. (ídem)

Veamos ahora cómo Kardec – por cuyo intermedio se expresan sus colaboradores espirituales – entiende este relativo bienestar del hombre, considerado éste como miembro de la sociedad:

“...porque el verdadero bienestar – dice – consiste en el empleo del tiempo a gusto de cada uno, y no en trabajos que no son de su agrado y como cada cual tiene aptitudes

diferentes, ningún trabajo útil se quedaría por hacer. Todo está equilibrado, y el hombre es quien quiere desequilibrarse”.

En este último párrafo está expuesto con toda claridad y perfectamente de acuerdo con las más avanzadas tendencias socialista (\*) el concepto ideológico de la distribución del trabajo, según las aptitudes de cada uno y sin imposición de tiempo, concepto que hemos expuesto más de una vez en la prensa espiritualista y que constituye uno de los principios fundamentales de la justicia social, agregado a la obligación el trabajo “útil”, material o intelectual, impuesto por la necesidad de vivir y por la misma ley de asociación a todos los hombres por igual, según sus fuerzas y sus aptitudes; concepto que desprende de ininidad de pasajes de las obras citadas, concordes en todo con la esencia de la doctrina.

Agreguemos todavía a lo expuesto algunas ideas complementarias que se refieren a la justicia social y al derecho natural:

“La justicia –dice- consiste en el respeto de los derechos de cada uno”. (Item 875)

“De tal modo es natural que os sublevéis a la idea de una injusticia”. (Item 873)

“Los derechos naturales son los mismos para todos los hombres, desde el más pequeño hasta el más grande”. (Item 878)

Entiéndase bien que Kardec se refiere a los derechos naturales, cuya igualdad reconoce, y no a los concedidos por la ley civil, la cual, según sus propias palabras.

(\*) Para comprender adecuadamente las referencias que Porteiro hace con frecuencia a los ideales socialistas recomendamos al lector el estudio del libro *El Pensamiento Vivo de Porteiro* del Lic. Jon Aizpúrua, donde se aclara debidamente el contexto histórico y social en que Porteiro vivió y escribió, así como su identificación con una propuesta socialista de naturaleza democrática, humanista y espiritualista, a diferencia de las tendencias socialistas de corte materialista y dictatorial. (Nota de los Editores)

“ha creado derechos y deberes imaginarios (nosotros diríamos inicuos) que la ley natural condena”. (Item 795)

En otro pasaje, dice:

“— El hombre precisado de pedir limosna, se degrada moral y físicamente, se embrutece. En una sociedad basada en la ley de Dios y en la justicia, debe proveerse al débil sin humillarle. Debe asegurarse la existencia de los que no pueden trabajar, sin dejar su vida a merced de la casualidad y de la buena voluntad”. (Item 888)

Y completa este pensamiento, con este otro no menos revolucionario en el orden de las ideas sociológicas y que, refiriéndose a la civilización, dice que únicamente puede existir pueblo más civilizado.

“Donde las leyes no consagren ningún privilegio, y sean las mismas, así para el último como para el primero, donde se distribuya la justicia con menos parcialidad; donde el débil encuentre siempre apoyo contra el fuerte; donde mejor se respete la vida, creencias y opiniones del hombre; donde menos infelicidad haya y donde, en fin, todo hombre de buena voluntad está siempre seguro de no carecer de lo necesario”. (Item 793)

“Las leyes humanas – dice en otros pasajes – son más estables a medida que se aproximan a la verdadera justicia, es decir, a medida que son hechas en provecho de todos y que identifican con la ley natural...” (Item 795)

“Por desgracia, esas leyes (se refiere a las que aún existen) se dirigen más a castigar el mal hecho que a cegar la fuente del mismo mal”. (Item 796)

Para terminar esta exposición de conceptos sociológicos extractados de las obras fundamentales del Espiritismo, y no cansar más la atención del lector, me contentaré con citar los párrafos que van a continuación, que sirven de corolario a lo ya expuesto, y cuyos conceptos son, para el caso que nos ocupa, de un valor inestimable:

“Si suponemos – dice- una sociedad de hombres bastante desinteresados y bondadosos para vivir fraternalmente, entre ellos no habrá privilegios ni derechos excepcionales, pues de otro modo no existiría verdadera fraternidad. Tratar a un semejante de hermano, es tratarle de igual a igual; es desearle cuanto uno desea para sí, y en un pueblo de hermanos, la igualdad será la consecuencia de un modo de obrar en relación natural de sus sentimientos y se establecerá por la fuerza de las circunstancias.

Pero aquí – continúa el Maestro – nos encontramos con el orgullo que siempre quiere dominar y ser el primero en las cosas y que sólo se alimenta de privilegios y de excepciones...” (Obras Póstumas, Libertad, Igualdad y Fraternidad)

“¿Es posible la destrucción del orgullo y del egoísmo? Nosotros decimos redondamente que sí, porque de lo contrario sería preciso señalar un término a la humanidad...” (Idem)

“La aspiración del hombre hacia un orden de cosas mejor que el actual es un indicio cierto de la posibilidad de llegar a él. A los hombres amantes del progreso toca, pues, activar este movimiento por el estudio y la práctica de los medios que se crean más eficaces”. (Idem)

### III

Como se ve, el Espiritismo no es una ideología conservadora, adaptable a los mezquinos intereses económicos que sirven de fundamento al actual régimen social.

En las citas que acabamos de hacer se hallan expresados con admirable sencillez los conceptos de la nueva Sociología que deberá servir de base a la sociedad del porvenir, hacia la cual tienden todos los hombres de ideales sanos, amantes de la verdad y la justicia.

He aquí la exposición sintética de estos principios emanados de la doctrina espiritista:

- Reconocimiento del derecho natural.
- Reconocimiento de la igualdad social.
- Reconocimiento de la igualdad económica, proporcional a las necesidades y aptitudes de cada uno.
- Reconocimiento de la igualdad de deberes en la producción útil, o sea en el trabajo material o intelectual.
- Distribución del trabajo social en concordancia con las aptitudes y gustos de cada uno y libertad en la elección del trabajo, como asimismo en la duración del tiempo.
- Supresión de todo castigo legal e implantación de nuevos métodos correctivos en concordancia con el concepto espiritual de la vida.
- Educación moral, fundada en la justicia y en el derecho natural igual para todos.
- Respeto mutuo, sin distinción ni categoría. Libertad, Igualdad y Fraternidad, no como meras proclamas constitucionales, sino como hechos sociales, derivados de la justicia económica y social de la nueva moral espírita.

Si a todo esto agregamos la igualdad de derechos de la mujer respecto al hombre; la libertad de conciencia y de ideas; la protección de la sociedad para el libre desenvolvimiento de las facultades y aptitudes de los individuos de ambos sexos; la tolerancia, sin desmedro a la educación y a la persecución; la caridad, en el sentido de amor, de piedad y de sacrificio; la propensión por parte de las fuerzas dirigentes de la sociedad, para que el trabajo sea cada vez más agradable, menos forzado, más intelectual, y, por encima de todo esto, la certeza de nuestra inmortalidad, de nuestro progreso indefinido, que se desprenden de la doctrina espiritista y que están expresados en sus obras fundamentales; vemos que el Espiritismo, muy lejos de ser una tendencia conservadora, es la más revolucionaria, la más humana y la más espiritual de todas cuantas existen.

Ante esta perspectiva grandiosa que el Espiritismo nos ofrece para la sociedad del porvenir, y que no es, como suele decirse, una concepción utópica, “producto de cerebro anarquizado” ¿cómo podríamos los espiritistas permanecer

indiferentes en presencia de los crímenes sociales, de la expoliación de una clase predominante, que afianza su poderío y el monopolio de la riqueza social en la razón de la fuerza, sobre la ignorancia de los pueblos y la falsa enseñanza de una moral interesada? ¿Cómo podríamos avenirnos con este orden social establecido sobre el desorden ordenado por el imperio de las armas? ¿Cómo podríamos contemplar la inmoralidad, el vicio, la injusticia, la explotación y el robo sociales – que se quieren hacer pasar por cosas muy justas, muy buenas, muy morales – sin manifestar nuestro repudio? ¿Cómo podríamos convivir con la hipocresía y la mentira si los principios que sustentamos se oponen a ellas? ¿Cómo, en fin, podríamos conformarnos a la situación del régimen actual creado sobre inicuos privilegios, si el Espiritismo nos habla de una sociedad mejor, de paz, de amor, de fraternidad, y de justicia, y de la posibilidad de realizarla? ¿Quién la ha de realizar, admitida su posibilidad, sino los hombres que creen en ella, por el esfuerzo continuo, con la prédica tesonera de todos los momentos, con el propósito declarado a la faz del mundo, con la acción constante en el moralizador impulso hacia ella y por los medios más eficaces y convincentes?

Para el espiritista, la sociedad humana es un dinamismo espiritual que mueve a impulsos de las ideas y sentimientos, en sentido progresivo; pero como el progreso no se efectúa en línea recta, sino como dicen ciertos filósofos, en forma de espiral, tiene sus aparentes descensos, que corresponden al final de cada civilización, caracterizados por la crisis general en todos los órdenes de la vida, cuya civilización al final de la curvatura de su ciclo evolutivo, con el impulso de las fuerzas que la determina, da nacimiento a otras y así sucesivamente, de ciclo en ciclo, la humanidad se va elevando a formar sociales más perfectas, pasando siempre por las mismas fases de nacimiento, apogeo, decadencia y muerte aparentes. Pero este impulso dinámico social débese siempre a las nuevas tendencias ideológicas, a las tendencias individuales o colectivas que, por ley de la misma evolución tienden a apartarse de las tendencias generales, o sea de las viejas ideologías conservadoras, arraigadas a los intereses materiales que se crearon en la sociedad.

De ahí que los hombres más evolucionados moral y espiritualmente, los que forman parte de las nuevas tendencias ideológicas y los que se sienten afines de ellas, “los hombres amantes del progreso”, como Kardec, son los que deben dar el impulso a este nuevo ciclo de la evolución humana, porque sus ideologías son – dirémoslo – las nuevas células de la sociedad, llamada a vigorizar su organismo en decadencia y darle nueva vitalidad.

Huelga decir que el Espiritismo se halla a una altura muy superior con respecto a las demás ideologías porque no solamente cree en la justicia, sino que la hace emanar de un Principio eterno, justo y omnisciente, manantial de todas las virtudes y de todos los sentimientos que exaltan y ennoblecen al hombre y, por lo tanto es capaz de infundir a la sociedad esa nueva vitalidad de que carece, de

imprimirle nuevos rumbos hacia una nueva era de paz, de amor, y de justicia. Ya al decir el Espiritismo, entiendo decir los espiritistas; ya que, como dice el Evangelio, al que más se le da, más se le pedirá.

Para llegar a la realización m's pronta de esta finalidad social, los espiritistas nos vemos precisados por la fuerza de los mismo acontecimientos que se desarrollan en el mundo en este momento transitorio de la historia, a intensificar nuestra acción moralizadora y transformadora de los valores sociales, acción constructiva y a la vez destructiva: destructiva, en el sentido de neutralizar la falsa educación, la moral interesada y discordante, que se da al hombre desde su niñez y le enseña a cumplir deberes y a respetar derechos que no son sino disposiciones arbitrarias, que están en pugna con la justicia y con el derecho natural y, por consiguiente, con los principios morales del Espiritismo; educación que se inculca con el propósito de mantener esta sociedad de privilegios, veneno de odios, de guerras, de robos e inmoralidades; destructiva, en fin, en el sentido de criticar y combatir, franca y abiertamente, todas las injusticias, crímenes y prerrogativas sociales, enseñando a no reconocer otras riquezas ni otros títulos de superioridad que aquellos que han sido adquiridos con el esfuerzo propio y sin perjuicio de un segundo; y constructiva en el sentido de enseñar la moral espírita en toda su fuerza, que pone por encima de todas las ambiciones materiales, de todos los egoísmos y orgullos los cuales constituyen el fundamento del privilegio, la caridad, el amor, la igualdad y la fraternidad.

Los espiritistas, que hemos penetrado en el sentido evolutivo de la vía, tanto individual como social, marchamos llenos de sano optimismo hacia nueva sociedad que se vislumbra, pero no como simples espectadores, ni obligados por la fuerza de los acontecimientos – como muchos suponen – sino como propulsores de ese gran movimiento social que se gesta en las ideas y se desarrolla en el mundo de los hechos llevando la antorcha de nuestro ideal a mayor altura porque es la más capaz de iluminar a la humanidad y conducirla con mayor prudencia y menos sacrificio. No queremos llegar a ella con las manos tintas en sangre, porque ese sangre es nuestro propio sangre, y los delitos que combatimos son también nuestros propios delitos. Por otra parte, aunque en último término la violencia fuese necesaria – dada la resistencia del egoísmo contra la justicia y el derecho – ella sería completamente estéril y de resultados negativos, no estando la conciencia de los pueblos suficientemente evolucionada para afianzar el nuevo régimen sobre las bases de la igualdad económica y social que, como bien dice Kardec no podría existir sin verdadera fraternidad.

La revolución se realiza en las ideas y en los sentimientos morales, sobre una base espiritual y positiva porque sin ella no puede haber emancipación social ni justicia, ni perfeccionamiento individual ni colectivo.

Cuando los hombres de den exacta cuenta de lo que son, para qué vienen a la tierra y finalidad que persiguen como espíritus, no como bestias insaciables y egoístas; cuando, por las enseñanzas del mundo espiritual, se convenzan del ínfimo valor de las riquezas materiales si éstas no sirven para aumentar las riquezas del espíritu y satisfacer todas las necesidades de la vida social, cuando, en fin, estas y otras cosas, que enseña el Espiritismo penetren en las conciencias cegadas por los mezquinos intereses de la vida material; entonces la fraternidad, el reinado de la igualdad y de la justicia será un hecho, no se necesitarán revoluciones sangrientas para imponerlas.

Mientras tanto, toca a los que hemos abrazado este ideal, a los que aman la verdad y la justicia, trabajar asiduamente para que esta finalidad social se realice, porque su realización depende del esfuerzo y también del sacrificio de los que creen en ella.

## **CONCEPTOS SOCIOLOGICOS**

No puede negarse que la sociedad actual está cimentada sobre una base económica injusta e inmoral, sobre la cual se han constituido leyes unilaterales que son la fiel expresión de la injusticia y de la inmoralidad. Toda esto da origen a conflictos políticos y sociales, inevitables, mientras subsista la causa que los determina. Esta causa, inmediata, aunque resultante de otros factores de orden psicológico y moral, no por eso deja de ser la generadora de los odios de clase y de sus luchas consiguientes. Inútiles serán, por lo tanto, todos los esfuerzos de la moral conservadora, todos los paliativos y las reformas políticas para hacer desaparecer estos odios y conciliar los intereses opuestos, porque éstos existirán mientras no se modifique fundamentalmente la estructura económica de la sociedad, mientras no cambie el modo de producción y distribución de la riqueza social, tanto en lo que atañe a los bienes materiales como a los espirituales.

Los conflictos entre el capital y el trabajo no son meros accidentes sociales circunstanciales, provocados por impericia, etc., de los “malos gobiernos”, – como piensan algunas personas, víctimas de las perspectivas de la política –, por encarecimiento de la vida o crisis de la producción, o como dicen otros, por envidia de los desposeídos al lujo y al bienestar de los poseedores; son las fuerzas de la Historia que tienden al equilibrio económico de la sociedad, impulsadas por esa necesidad de vivir que se ha dado en llamar “la lucha por la vida” y por una ideología social superior, cuyos elementos morales son tan antiguos como la Humanidad.

Siempre las fuerzas oprimidas han luchado contra las fuerzas opresoras, por necesidad y por justicia. Las rebeldías, cuando se han inspirado en un principio de justicia, han encontrado el justo reconocimiento, el estímulo y la defensa de los espíritus superiores. No es el régimen capitalista el que ha engendrado los conflictos

sociales por razones de índole económica, ni las ideologías sociológicas tuvieron en él su origen.

La antigua Grecia fue teatro de luchas interminables entre pobres y ricos, luchas de índole económica y social, que encontraron en Licurgo y en Solón, respectivamente, los intérpretes de las justas aspiraciones del pueblo. La legislación de Licurgo tuvo en Esparta la virtud de aplacar las turbulencias de la plebe, no por las leyes políticas, que sólo crearon una democracia a semejanza de los demás pueblos de Grecia, sino por sus instituciones morales, quizá demasiado austeras y rígidas, pero convenientes a la época y al espíritu belicoso de aquel pueblo para el afianzamiento del nuevo régimen económico. La prodigalidad de unos y la avaricia de los otros y varias otras circunstancias, habían hecho –como dice el historiador Segur- que un corto número de ciudadanos poseyese todas las tierras y gimiesen los demás en el seno de la más horrenda pobreza, que era la causa de las frecuentes sediciones, en la cuales peligraba la vida de los ricos, objeto siempre del odio de los pobres.

Licurgo segó las dos fuentes del odio y la corrupción, la pobreza y la riqueza, estableciendo la comunidad de bienes y repartiendo la tierra proporcionalmente a las necesidades de los ciudadanos y de los campesinos, estableciendo la misma igualdad en las propiedades mobiliarias; trató de desterrar el lujo desmedido, que es otra de las fuentes de corrupción, e hizo desaparecer las monedas de oro y plata y creó una de hierro, para evitar la ambición del dinero.

La legislación de Licurgo no fue perfecta, como no podía serlo en su época, pero en ella se encuentran los elementos morales de la justicia económica y social, elementos que fueron tomados en parte de los heráclidas y en parte de la legislación de Minos, sabio legislador y rey de Creta, de donde también las tomó Solón. Este último no fue tan profundamente revolucionario como Licurgo. No implantó la comunidad de bienes ni hizo el reparto de las tierras, pero abolió las deudas de los ciudadanos presos por insolvencia. La legislación de Solón fue sólo política, y por eso no tuvo la virtud de impedir las revoluciones entre pobres y ricos, cuyo fundamento era muy superior a la virtud conservadora de sus leyes.

La idea de justicia económica y social ha tenido en todos los pueblos y edades de la historia sus defensores y se le encuentra aun en el estado antropológico del hombre, en lucha con sus instintos inferiores. Sin remontarnos tan lejos, pero alejándonos muchos miles de años de la época de Licurgo y de Solón, encontramos el concepto de justicia económica y social. La India legendaria nos ha legado en esa joya literaria que se llama Los Vedas, una de las parábolas de Krishna, en la que aconseja el lema socialista en su más amplio y elevado concepto de “cada uno que produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades”.

y reprocha el mezquino concepto de la retribución proporcional a la cantidad de trabajo y no a la del tiempo y del esfuerzo.

“No se puede pedir a la hormiga –dice- el mismo trabajo que al elefante”.

“A la tortuga la misma agilidad que a la cierva”.

“Al pájaro, que nade; al pez, que se eleve por los aires”.

“No se puede exigir al niño la prudencia del padre”.

“Por las buenas acciones, en si mismas y no por la cantidad, es por lo que seréis juzgados”.

El pueblo hebreo, a pesar de su corrupción, tuvo también en Isaías un defensor de la justicia económica y social:

“Proteged al oprimido”, dice en uno sus cantos.

“Los que hayan amasado el trigo, no comerán.

Y alabarás al Eterno.

Los que hayan cosechado el vino lo beberán.

En las paredes de mi santuario

...Construirán casas y las habitarán.

Plantarán viñas y comerán su fruto.

...No trabajarán en vano,

No tendrán hijos para verlos perecer.

Porque formarán una raza bendita por el Eterno.

Y sus hijos estarán con ellos.

...No se causará daño ni perjuicio.

En toda mi santa montaña.

Dice el Eterno”.

He aquí una promesa justiciera para los productores despojados del producto de su trabajo, una ideología sociológica glosada en unos cuantos versos que interpreta las aspiraciones de la parte más sana de la humanidad y resume las llamadas utopías de la sociedad futura, sistematizadas por nuestros más atrevidos sociólogos y pensadores.

¿Quién es el que al leer estas sentencias proféticas, penetradas de amor y de justicia, no siente profunda admiración y se pregunta si nuestros poetas libertarios han cantado algo mejor?

Los sentimientos de justicia y de solidaridad son inmanentes en la conciencia humana y se rebelan en las almas superiores cuando a ellos se oponen el egoísmo y las mezquinas ambiciones de los seres moralmente menos evolucionados.

Jesús sintetizó la moral social en estas santas palabras, que son el fundamento de la verdadera sociología:

“No hagas a tu semejante lo que no quieras para ti; haz a tu semejante lo que para ti quieras”.

Es decir que si no queremos sufrir por el maltrato e injusticia de nuestros semejantes, si no queremos vivir en la indiferencia y en la miseria, si no queremos que se nos juzgue por nuestros errores y debilidades y se nos castigue por nuestras faltas, si no queremos sufrir por el goce que otros disfrutaban, no hagamos sufrir a los demás privándolos del derecho a los goces, a la libertad, a la satisfacción de sus naturales apetitos y necesidad, a la felicidad plena de la vida y que, si queremos todos estos bienes y estos goces para nosotros, hagamos que los demás disfruten también de ellos según sus necesidades y deseos.

Cuando Jesús dijo que era más fácil que un camello entrase por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos, quería significar, sin duda, que el rico, al detentar parte de la riqueza social, privaba a otros seres de su parte de goces materiales y espirituales de su felicidad y, por tanto, no podía ser justo ni querer para los demás lo que quería para él.

Un día se le preguntó a Licurgo cuál era el mejor medio para defenderse de los enemigos, y él, respondió: “ser pobre”.

Esto no significa que el pobre, por ser tal, sea mejor que el rico o tenga mayores merecimientos; pues, los pobres llegan a menudo a ser ricos, y los ricos a ser pobres, y la sociedad no cambia ni se mejora por eso. Significa simplemente que la riqueza individual es una prerrogativa de la desigualdad social, que favorece a unos en detrimento de los otros.

La Revolución francesa, al derrocar el feudalismo y hacer desaparecer la antigua servidumbre, reconoció los derechos (limitados) del hombre y estableció la libertad y la igualdad políticas, pero no la igualdad económica, es decir, el deber de producir y el derecho a consumir según la capacidad y las necesidades materiales y espirituales de cada uno. Que es, en sociología, el verdadero fundamento de la justicia.

La burguesía abolió el feudalismo e hizo desaparecer la antigua servidumbre, y al convertirse en capitalista creó el proletariado. El burgués sucedió al señor

feudal, y el proletario asalariado el siervo sin salario (pero con subsistencia asegurada). La riqueza cambió de dueños y la miseria de esclavos. El antagonismo entre feudales y burgueses desapareció con el viejo régimen, pero el antagonismo entre ricos y pobres, entre explotados y explotadores, subsiste y con él, el “derecho” a la justicia económica y social que se reclama desde que el hombre es víctima de la explotación del hombre. No se puede oponer, por lo tanto, a este legítimo derecho el “deber” que exige la moral burguesa, inspirada en un principio de injusticia. ¿Qué deber puede exigirse al miserable, que sufre los dolores y las consecuencias del hambre y de la excesiva pobreza, para con quienes por egoísmo y avaricia le reducen a esa triste situación? ¿Acaso el producirle más de lo que sus fuerzas le permiten? ¡Valiente moral ésta, digna de los mercaderes del templo a quienes fustigó la bendita mano de Jesús!

Desde la famosa “Declaración de los Derechos del Hombre”, que deslumbró al mundo por sus halagadoras perspectivas de libertad, igualdad y fraternidad, la ley reconoce en todas las naciones civilizadas a los hombres libres e iguales (en el papel) pero esta libertad y esta igualdad, exclusivamente políticas, se fundan, como antes de la Revolución, en la desigualdad económica, la que, a su vez, da origen a la tiranía social, ambas generadoras de los odios y conflictos sociales y de los más grandes crímenes e inmoralidades que alberga y defiende la ley, para mantener el orden dentro del “desorden ordenado”, como le llamara el gran Tolstoi.

Vemos, pues, que la desigualdad económica, o más exactamente dicho, la desproporción de riquezas, es la que produce los odios y las luchas de clases y la que genera la mayor parte de los sufrimientos e inquietudes, tanto en los pobres como en los ricos, estos últimos porque, a pesar de los bienes materiales que poseen, no pueden ser del todo felices, haciendo infelices a los desposeídos y luchando las más de las veces criminalmente, para conservar o acrecentar sus fortunas en una sociedad donde los intereses opuestos y la competencia de los mismos exigen, para vencer, el sacrificio de los más nobles sentimientos, de la honradez y hasta de la dignidad humana, cuando en un régimen más equitativo pudieran tener más goces y más felicidad, con más moralidad y menos sobresalto.

La fraternidad y solidaridad humanas, como expresión sociológica, son meras palabras-como aspiraciones nobles, pero utópicas, en unos: falaces promesas, en otros- donde existe el monopolio de la riqueza y los medios más criminales para adquirirla y aun para retenerla, apoyados en legislaciones cuyos fundamentos básicos están calculados en la desigualdad económica que da a unos privilegios de fortuna, de goces y de adquisiciones espirituales, en detrimento de los otros.

El modo de estar constituida económicamente la sociedad, es decir, su modo de producción y distribución de la riqueza, no depende de los gobiernos: estos son los representantes de un régimen, los defensores y no sus factores; si el régimen es

injusto, injustas serán las leyes, y los gobiernos, malos o buenos, legislarán y gobernarán de acuerdo con él.

La transformación social no puede ser, desde luego, el resultado de reformas políticas, que sólo rozan la periferia de la sociedad sin afectar en lo m's mínimo la base de la misma. Las leyes, como las constituciones políticas, se fundan en la estructura material, en la economía, y no en principios morales, ni en bases naturales ni divinas. Los legisladores, políticos y magistrados no tienen en cuenta el fin moral y espiritual de los individuos, ni el bienestar general de los ciudadanos, sino los intereses que están en juego, en la sociedad, los intereses capitalistas, cuyo imperio han sentado en el mundo al amparo de todas las injusticias. Y aquellas excepciones que hay en la regla o acaban por adaptarse al medio político o caen en la modorra y en la inacción como la ardilla de Apólogo, de Sebastián Faure, que desplegaba gran actividad en el bosque, su medio propicio, "y que una vez enjaulada acabó por echarse...

El Espiritismo, al afrontar el problema social no se limita a explicar las injusticias sociales tomándolas como efectos de causas remotas; porque el determinismo espírita, o sea la ley de causalidad moral, no es fatal. El espiritista puede y debe influir en la sociedad para que la injusticia económica y los males que origina desaparezcan o, por lo menos, disminuyan, demostrando que la verdadera sociedad exige justicia, solidaridad y amor y que donde existen éstos, no puede existir la explotación del hombre por el hombre, el privilegio y el monopolio de la riqueza social, ni las leyes que los protegen ni la falsa moral que los ampara. Pues, no es posible conciliar la riqueza con la miseria si ésta no renuncia a sus pretensiones de establecer prerrogativas inicuas que hacen infelices a la mayoría de los seres humanos.

Si caridad es dar un mendrugo al hambriento y aliviar los sufrimientos, emanados, la mayor parte de ellos, de las injusticias sociales, no deja también de ser caridad luchar abierta y desinteresadamente en contra de todas estas injusticias, reclamando como justo derecho lo que por ley natural y divina a todos pertenece.

El Espiritismo no está en oposición a la igualdad económica proporcional a las necesidades materiales y espirituales de cada uno. Por el contrario, cree que su realización será un hecho cuando la humanidad haya llegado a un grado de evolución superior; y trabaja con este fin educando moralmente en una ideología superior a la Humanidad y haciendo efectivos sus principios morales en la práctica del bien, empezar por efectuar lo menos para llegar a realizar lo más, Niega, es cierto, la eficacia de la acción sistemática de los medios violentos y criminales, considerando que los hombres son todos hermanos y que las injusticias y maldades son efectos de la evolución, más propias de la ignorancia y de la imperfección que de la perversidad natural de quienes detentan la parte de riqueza y felicidad de sus

hermanos y cree, de acuerdo con su conocimiento de la ley de causalidad espírita, que no existe, en rigor, división de clases sino posiciones económicas y sociales distintas, puesto que el rico puede llegar a ser pobre y el pobre a ser rico y el espíritu, en el curso de sus encarnaciones, pasa alternativamente por todas esas fases de su evolución sin ser, empero, ni pobre ni rico. Por lo tanto, para el espiritista, el problema económico y social es, en último análisis, un problema de orden moral que necesita métodos más inteligentes que vayan elaborando en la conciencia del individuo y de la sociedad esa nueva ideología social que irá realizándose paulatinamente, a medida que los pueblos conscientes lo impongan y que las clases privilegiadas cedan ante la fuerza y el reconocimiento de la justicia.

"¿Serán los hombres – dice el ilustre Oliver Lodge –tan locos y tan insensatos y tan infames que continúen buscando mutuamente medios para exterminarse los unos a los otros? O, por el contrario, ¿van a renunciar a la tarea tan baja y criminal, y a reconcentrar todos sus esfuerzos y combatir la ignorancia, la miseria, el mal, la pobreza, tantas plagas siempre dispuestas a caer sobre los hombres, pero que pueden ser fácil y perfectamente vencidas? La vida debe ser una cosa bella”.

El Espiritismo así lo aconseja y, por nuestra parte, así la deseamos.

## **FASCISMO Y COMUNISMO**

“Una revolución, – dice el genial Victor Hugo – es la larva de una civilización”. Esto es muy cierto, pero no lo es menos que una revolución que no interpreta los intereses y aspiraciones comunes, deja en la civilización que crea, el germen de su descomposición.

Tal ha sido la Revolución francesa que, al interpretar los intereses y aspiraciones de una sola clase, ha dejado en la nueva civilización capitalista, con la disconformidad de la nueva clase que engendró el germen de su destrucción: la nueva ideología revolucionaria que informa el Socialismo.

Apenas constituida la sociedad burguesa, surgió el nuevo antagonismo de clases, antagonismo que ya en víspera de la Revolución (1788 a abril de 1789) había estallado en movimientos huelguísticos de carácter sindical, que se intensificaron y extendieron después de la Revolución, en virtud del desarrollo económico e industrial y de la ideología comunista que, apenas bosquejada por algunos pensadores en los comienzos del siglo XVIII, empezaba a tomar cuerpo en la Revolución, impulsándola hacia la emancipación económica, así como la ideología burguesa la había impulsado hacia la emancipación política.

La Asamblea constituyente velando por los intereses de la naciente burguesía- de la que era su fiel expresión-, suprimió los gremios y las hermandades

religiosas –especie de sindicatos con carácter a la vez mutualista y de defensa gremial- e hizo que la clase obrera se sometiese a la voluntad de la burguesía. Es decir, que el nuevo Estado burgués, libre del poder de la nobleza y del clero, conculcando la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, decretada en agosto de 1789, votó dos años después (14 de junio de 1791), para favorecer los nuevos privilegios de la burguesía, un decreto prohibiendo las organizaciones y esa actitud defensiva para neutralizar la desmedida ambición capitalista eran contrarias al “principio de la igualdad humana” y al espíritu de la Revolución.

Hoy también, para justificar todas las arbitrariedades, injusticias y crímenes sociales, se procede en nombre de “la igualdad de derechos” y de “la libertad política”, mil veces conculcadas por los mismos que la proclaman. Esta fue y sigue siendo la táctica del Estado capitalista cuya democracia y liberalismo terminan allí donde empieza el privilegio que defiende.

Inútil, impotente, incapaz, corrompida por las mismas contradicciones que implica y la adaptación de las conductas al logro de mejores situaciones, la democracia ha dejado de ser la fe y la esperanza de los pueblos productores que anhelan su emancipación económica y social. Y lo ha dejado de ser también porque, en la práctica, no condice con la libertad que postula; pues si bien el régimen democrático prescribe la absoluta libertad de opinión y de propaganda, lo mismo política, religiosa que ideológica, este respeto a la libertad, esta garantía constitucional de la democracia, en el sistema capitalista, es restringida o anulada en cuanto lesiona los intereses de la clase dominante.

El régimen democrático y liberal exige para su genuina existencia que el Estado garantice la libre propaganda de los ideales humanos, aun los más atrevidos. La esencia de la democracia es la libertad; sin ella es un mito. El Gobierno, para ser democrático debe permanecer neutral con respecto a las opiniones políticas y tendencias sociales, dejando que ellas se desarrollen y encarnen en la voluntad popular, para que ésta, ilustrada en los problemas sociales, se manifieste libre y conscientemente dentro de las normas de la legalidad. Pero esta neutralidad y respeto de los derechos políticos y sociales no existe ni puede existir en un régimen en donde una clase domina económicamente a la otra y el Gobierno sirve a los intereses de la clase dominante. Lo que en la actual sociedad se llama democracia, no es más que la dictadura capitalista encubierta tras ese nombre.

Si los métodos democráticos – por las razones ya expuestas – no ofrecen ninguna probabilidad de resolver el problema social favorablemente a la tendencia socialista, tampoco pueden servir para afianzar y menos para perpetuar el régimen capitalista. De ahí que, roto el centro en que gravitan las tendencias sociales opuestas, debido a la agudización de la crisis capitalista, que ahonda el antagonismo

de clases, no existiendo ya ninguna posibilidad de conciliar este antagonismo, porque no existe entre las clases en pugna una finalidad económica y social común, las fuerzas antagónicas se repliegan en si mismas y se encauzan en dos corrientes distintas, contradictorias, que culminan, por una parte en el comunismo y por otra en el fascismo. (\*)

El capitalismo, como régimen político, es una dictadura encubierta tras la democracia; el fascismo es la dictadura franca y descubierta del capitalismo, para la perpetuación de sus privilegios en detrimento de todos los productores, lo mismo los del brazo que los de la inteligencia.

El comunismo no es una dictadura de clase; es un sistema de producción y distribución de la riqueza en común; es la desaparición de las clases, sustituidas por una sociedad de productores socialmente libres.

La dictadura del proletariado no es el comunismo; mientras que la dictadura capitalista, encubierta tras la democracia o descubierta en el fascismo, es permanente, y tiene como única finalidad mantener el régimen de explotación con todas sus criminales consecuencias. La dictadura del proletariado es un método exclusivamente marxista, con el cual se puede o no estar de acuerdo según los sentimientos, la convicción y el grado de experiencia psicológica e histórica de cada uno. El comunismo, en cambio, es una concepción ideológica anterior al marxismo, sino como sistema, como aspiración y también como realidad histórica. Pero es bien sabido que los partos de la historia (las revoluciones) son siempre dolorosos y en un principio, coercitivos, y que ellos desgraciadamente, no consultan nuestros sentimientos ni nuestras opiniones. Bello sería poder ir hacia el Socialismo deslizándonos suavemente como por un hilo de seda, llevando la razón por arma y el amor por ley, pero este medio fracasa fatalmente frente a los intereses materiales que se trata de herir.

El fascismo es un nuevo ensayo del capitalismo moribundo, para sostener su predominio de clase, una nueva forma de organización estatal a base de franca dictadura; el Estado capitalista soberano, absoluto. Se presentó en Italia, con Benito Mussolini a la cabeza, en momentos difíciles para la nación, cuando el Poder vacilaba frente al estado caótico causado por la guerra y frente también a la revolución triunfante. Mussolini, hombre astuto, político conocedor de la organización sindical y de la táctica marxista consiguió organizar y disciplinar su partido engañando a las masas mediante consignas revolucionarias y declaraciones demagógicas, presentando en 1919 un programa en que proponía el desarme internacional, la entrega de la industria a las organizaciones obreras y auspiciando (1920) la toma de las fábricas por los obreros.

(\*) Sugerimos al lector, no perder de vista que Porteiro escribía estos conceptos hacia el año 1930, cuando tomaba auge el fascismo en Alemania, Italia y en otras naciones europeas, con toda su carga de autoritarismo, militarismo, xenofobia y discriminación racial; en tanto que la Revolución Rusa enarbolaba sus banderas de redención proletaria, igualdad y justicia social, sin que todavía hubiesen despuntado las perversiones stalinistas. (Nota de los Editores)

Aprovechó en 1921 la indecisión del Gobierno y la confusión ideológica del proletariado que vacilaba en apoderarse de la máquina del Estado y en momento propicio, se lanzó a la toma del Poder y la contrarrevolución, apoyado en el mismo capitalismo, que antes amenazaba destruir. Liquidado el movimiento obrero, decapitada la revolución, avasalladas todas las fuerzas opositoras por medio de la violencia más cruda y despiadada, dio el viraje completo, poniendo al servicio del capitalismo sus organizaciones de choque, su astucia maquiavélica y el formidable sentido de disciplina revolucionaria que le dio la Revolución Rusa.

La táctica que usa el fascismo es la misma que la que adopta el comunismo, pero sus fines son diametralmente opuestos. Para el fascismo, como para el comunismo, todo el poder, lo mismo material que espiritual, es patrimonio exclusivo del Estado, no existe otra voluntad ni otra libertad que la del Estado o la que conviene a sus objetivos. Pero mientras en el comunismo el Estado y la dictadura son formas transitorias para la realización de un fin social justo y humano, en el fascismo tienden a perpetuarse en beneficio de una minoría absorbente y despiadada. Mientras el comunismo en Rusia nacionaliza la tierra, la industria, la producción, los instrumentos de trabajo y los bancos, tendiendo a que todo sea patrimonio común; el fascismo protege la propiedad privada, el individualismo económico; pero forzado por las circunstancias, promete una sangría al capitalismo con el propósito evidente de salvarle la vida, sangría que consistiría en la expropiación (en parte) de la hacienda de los grandes capitalistas, es decir, de aquellos que no secundan sus planes dictatoriales de salvamento. Pero, aunque las arterias gastadas del capitalismo son inconsistentes para contener la plétora, una sangría (en caso muy dudoso de llevarse a cabo) no haría otra cosa que prolongarle un poco más la vida, pero no evitaría su muerte que por ley económica, histórica, está fatalmente determinada.

El contenido ideológico del fascismo no es otro que el de la burguesía: idéntico su objetivo, idéntica su moral, idéntica su justicia social e idéntica su religión. Mussolini besó el anillo del Papa después de someterlo; masacró al pueblo productor después de ofrecerle la tierra, la industria y la libertad; destruyó las organizaciones sindicales, amordazó a las ideologías socialistas, mató y persiguió a los hombres de ideas, traicionó al socialismo; después de haber sido socialista, y, después de haber propuesto el desarme mundial, sostiene desfachatadamente que “las guerras son el estímulo de las energías de los pueblos”. Esta misma característica presenta el hitlerismo en Alemania, la dictadura de Pilsudski en

Polonia, la que presentó la república pseudo socialista de Ebert Scheidemann, en Alemania y la que adoptan todas las demás dictaduras social fascistas en todas partes del mundo para salvar de la muerte al capitalismo.

El fascismo se presenta a los pueblos con una ideología engañosa, que seduce por su novedad... Patria, tradición, historia, nacionalismo, son sus temas líricos; golpe de estado, viraje reaccionario, una vez conquistado su objeto... Religión y espiritualismo, paz y trabajo, patriotismo y familia..., como medio de cazar incautos: Materialismo vulgar, carencia de sentimientos religiosos, de moralidad y espiritualidad, una vez en el Poder. En suma: dictadura y despotismo para hacer perdurables los privilegios de una clase que vive a expensas de la otra.

El capitalismo es generador del más vulgar de los materialismos y es en sí mismo materialista, no obstante ampararse en una filosofía espiritualista y apuntalarse en las religiones positivas; materialismo que hace al hombre esclavo de las más bajas pasiones y le obliga a vivir o con la ambición de acumular riquezas materiales a costa de los demás, o a arrastrarse miserablemente con la preocupación constante de poder satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida, las necesidades del estómago.

El socialismo como sistema social comunista, al hacer de la riqueza social patrimonio común de la sociedad y dar la tierra y los instrumentos de trabajo como prestación y no como propiedad, al reducir el trabajo material al mínimo de tiempo y de esfuerzo físico mata la codicia y la ambición de los bienes materiales, elimina la preocupación de la lucha por la subsistencia, crea un ambiente de amor, de paz y de alegría y acrecienta la espiritualidad.

Resuelto el problema económico, el hombre no podrá menos que ocuparse de las cosas del espíritu; y, aunque el socialismo estriba hoy en los errores filosóficos y científicos del siglo que lo vio nacer, tendrá que encauzarse, quiéralo o no – pese a su concepto materialista de la historia y a su dialéctica de las cosas – en las corrientes del espiritualismo científico y modificar su concepto de la vida y del hombre, porque dos verdades no pueden ser opuestas entre sí, y para que el marxismo, en este aspecto de su doctrina, sea una verdad excluyente, tendrá que destruir los hechos que consulta el Espiritismo, el metapsiquismo, la psicología experimental, como igualmente los modernos descubrimientos de la física y de la biología.

Allí donde termina la democracia (dictadura capitalista encubierta), empieza el fascismo, dictadura franca y desenmascarada, pero vestida con un ropaje ideológico engañador y empolvada de lirismo y de idealismo espiritualista; y allí también empieza el comunismo, cuya rigidez y afeites materialistas asustan por su fealdad, pero que, sin este aditamento, puede ser aceptable por cualquier espiritualista que

ame la verdad, tanto más cuando se piensa que, a pesar de su fealdad, construye cosas tan hermosas que han de ser la base de la más elevada cultura y espiritualidad.

Ante esta realidad histórica de dos ideologías antagónicas en lucha, de dos civilizaciones, una que agoniza y se hunde con su egoísmo y sus crímenes y otra que nace premiada de anhelos de justicia, de amor y de paz, fecundada por dolores y esperanzas seculares, los espiritistas si hemos de marchar de acuerdo con el progreso y la equidad, no podemos permanecer vacilantes, en una actitud dilemática, porque la solución justa y equitativa del problema social no es un dilema: se puede estar con Dios o con el Diablo, pero no se puede esta bien con los dos: vale decir que entre el comunismo y el fascismo no puede haber vacilación, no puede haber duda. El problema que nos plantea la historia no es bilateral: no puede resolverse de dos maneras distintas en el sentido el bienestar económico y social.

## **POR LA PAZ DEL MUNDO (\*)**

Una campaña auspiciosa, antiguerrera, se está realizando en todos los pueblos civilizados ante el inminente peligro de una guerra mundial o de vastas proyecciones, que se está gestando en las entrañas del Capitalismo y que ha empezado a hacer erupción en el Extremo Oriente y en algunos países de la América Latina, accesibles a las sugerencias del imperialismo capitalista.

Esta campaña antiguerrera está encabezada por sabios e intelectuales de gran prestigio: basta citar los nombres de Barbusse, Romain Rolland, Einstein, Gorki, Waldo Frank etc., a los cuales se suman millones de adherentes de diversos matices ideológicos (pero con una tendencia social avanzada) y la inmensa mayoría de productores del mundo entero. Es una obra heroica y magnánima que de llevarse a feliz término y poderse consolidar en un frente único de resistencia antiguerrera, a más de evitar días de sangre y de luto a nuestra pobre humanidad, representaría una fuerza social respetable, capaz de poner en jaque al mismo Capitalismo.

La Sociedad de las Naciones, la Conferencia del Desarme, los “tratados” de “paz permanente” (el de Versalles, por ejemplo), los “Congresos” de políticos parlanchines, etc., ya se ha visto que no tienen ninguna fuerza de autoridad sobre el imperialismo capitalista, ninguna eficacia ni poder para evitar las guerras que éste impone como condición necesaria de su existencia para resolver sus propias contradicciones; antes bien las estimulan y las provocan, cuando no las generan, puesto que los representantes de todas esas instituciones del derecho internacional y de la paz, no son otros que los más conspicuos representantes del Capitalismo de las respectivas naciones asociadas, y no los intérpretes de las aspiraciones de los pueblos laboriosos, que anhelan la paz por encima de los intereses de todos los imperialismos.

(\*) Porteiro escribió este capítulo en mayo de 1933. (Nota de los Editores)

Mientras Japón, en guerra de conquista y de despojo, ocupaba militarmente parte de la China, bombardeaba a Shanghai y ensangrentaba sus calles sembrándolas de cadáveres, se anexaba luego parte de Manchuria sirviéndose de ella como base de futuras invasiones para lograr sus objetivos sobre Rusia; los representantes de la Sociedad de las Naciones, de la Conferencia del Desarme etc., contemplaban el incendio y la carnicería humana, y mientras se perdían en discusiones inocuas sobre la paz, en simuladas amenazas contra la guerra, daban tiempo a Japón para su conquista de rapiña, consintiendo tácitamente en ella, pero con miras, las demás naciones imperialistas, a participar del botín, vigilando, recelosas, en pie de guerra, no obstante participar en los preparativos de la “paz duradera”.

Más tarde Japón llevó su conquista a la última provincia manchuriana: se apoderó de Jehol, sin importarle un comino las amenazas de las demás naciones asociadas, que sabe no son más que meras posturas de la diplomacia imperio-capitalista.

Otra muestra de incapacidad manifiesta o, mejor dicho, de disimulada complicidad de todas esas caducas instituciones “pacificadoras”, la tenemos en el conflicto armado del Chaco Boreal, donde miles de hombres se juegan la vida por intereses exclusivamente capitalistas, y cuya sangre no cesará de correr hasta tanto el petróleo de la Standard Oil no descienda por el oleoducto que lo ha de conducir desde el altiplano boliviano hasta el Río Paraguay, si es que el capitalismo anglo argentino no resiste a la pretensión del capitalismo norteamericano. He ahí condensado todo el lirismo patriótico de la guerra entre Paraguay Bolivia. Sin embargo, muchos incautos esperan una solución pacificadora por parte del mismo imperialismo capitalista que impuso la guerra en nombre de la “patria”.

Lo mismo podemos decir del litigio entre Perú y Colombia por el asunto de Leticia, cuya solución pacífica, por parte de las instituciones mencionadas, tenderá el mismo resultado que el que contemplamos en el Chaco Boreal.

Estas contiendas armadas –sin declaración previa de guerra, para eludir responsabilidades y dejar intacto el prestigio de las “ligas”, “conferencias”y “tratados”-, son signos seguros de la gran hecatombe que avecina, efectos de una misma causa inmediata, económica, que, de no ser combatida con eficacia en sus fundamentos, por una fuerza de opinión y de resistencia organizada, sus consecuencias serán funestas para la técnica militar y de los nuevos procedimientos de destrucción y de muerte, amén de la finalidad criminal y regresiva que el imperialismo capitalista persigue por medio de la guerra para dar una solución a la crisis, eliminando el excedente de productos que afectan a su sistema y por oposición también a toda ideología social y humana y, por ende, al socialismo en construcción.

Signos inequívocos de esta acción criminal y destructora que prepara el Capitalismo en sus estertores de agonía son las cifras fabulosas que se invierten en armamentos y preparación bélica que incluyendo a todas las naciones, suman en números redondos la friolera de 104.000 millones de francos. La Argentina, por sí sola y no obstante sus 800.000 desocupados y un número mucho mayor con trabajo y recursos escasos, que representan con sus familias unos cuatro millones de hambrientos, se gasta el lujo de invertir 1.253.285.275 francos, Estados Unidos, a pesar de sus 15 millones de desocupados y 37.000.000 de hambrientos (según datos recientes) invierte nada menos que 17.685.652.000 francos (\*). Y así más o menos, en sumas ingentes, las demás naciones, lo que prueba a qué precio puede mantenerse el régimen capitalista en el estado de crisis aguda en que se encuentra, sobre qué volcán de elementos bélicos y de propósitos “pacifistas” descansa la ingenua paloma de la paz y cómo preparan los representantes de los gobiernos capitalistas en la Sociedad de las Naciones y en la Conferencia del Desarme la “Paz permanente”.

Resulta instructivo poner de manifiesto la insinceridad de los propósitos pacifistas de estas instituciones oficiales en favor de la paz, frente a la proposición rusa, presentada por Litvinov a la Conferencia del Desarme; Después de algunos considerandos, en los que se hacía notar que la existencia de los armamentos significa una amenaza de guerra, que los gastos que éstos ocasionan son una carga para las masas, que los conflictos armados tienen como único objeto arrancar al obrero de su hogar y de sus ocupaciones pacíficas para que ayude al desencadenamiento de innumerables calamidades y favorecen la crisis económica actual con todas sus terribles consecuencias, la proposición del delegado ruso terminaba:

“y comprobado, finalmente, que los Estados no han de renunciar a la guerra mientras posean armamentos para resolver diferendos internacionales, esta delegación estima que el solo medio eficaz para contribuir a la organización de la paz y a la instauración de la seguridad contra la guerra, el la abolición general, completa, inmediata, de todas las fuerzas armadas, partiendo de un principio de completa igualdad para todos y está convencida de que la idea del desarme general, completo, responde ampliamente a las aspiraciones sinceras de las masas”.

(\*) Reflexione el lector, además, acerca de las fabulosas cifras que se han invertido para las desdichadas guerras que la humanidad ha soportado durante el siglo XX. (Nota de los Editores)

Esta proposición fue rechazada con un solo voto (el de Turquía) en favor. Resulta una verdadera paradoja el hecho de que la Conferencia del Desarme rechace una proposición de desarme; pero no lo es menos el que mientras las naciones representadas en ella abogan por la paz se estén haciendo la guerra o la fomenten en otras naciones más débiles.

Puesta de manifiesto la doblez de estas instituciones de marcada filiación capitalista, que sólo sirven para desviar la opinión pública y engañar a los pueblos con mentidos propósitos pacificadores, es natural que éstos, que son los que sufren las consecuencias de la guerra, busquen por sí mismos el medio de evitarlas, combatiéndolas en las causas inmediatas que las provocan, a fin de afianzar definitivamente la paz del mundo sobre bases sólidas y estables.

La humanidad ha sufrido una existencia cruel y atormentada por vivir litigando y malgastando sus energías y sus recursos en destruirse por estúpidas y criminales ambiciones. Toda su historia es la historia de las guerras y de sus conflictos políticos, unas veces por el predominio del mundo, de las colonias o mercados, otras por la conquista del Poder, pero casi siempre con el afán desmedido de riquezas. Razas, naciones, religiones o clases privilegiadas no persiguieron otro objeto con sus guerras agresivas y de predominio que esclavizar a los pueblos, mantenerlos en abyecta servidumbre y enriquecerse a expensas de su trabajo y de sus recursos naturales; guerras del más crudo y vulgar materialismo que culmina en los fines belicosos del imperialismo capitalista, no obstante, de invocar altos ideales, razones de derecho y de justicia divinos o humanos. Sólo las luchas defensivas, de resistencia a la agresión, a la opresión y a la servidumbre, de liberación política y económica tienen razón y progreso. Pero éstas dejarán de existir cuando no haya quienes las provoquen, por no tener interés en guerrear.

La guerra es un fenómeno social; se hace por algo y para algo, y subsistirá en el mundo, a través de los cambios políticos, mientras existan las causas ocasionales que las generan. Descubrir estas causas y combatirlas, es la manera de que las guerras desaparezcan.

Hay quienes sostienen, en contra de una supuesta afirmación socialista, que la guerra no es un fenómeno derivado del sistema capitalista, por cuanto existía antes de este sistema. Esto es cierto: el capitalismo no ha inventado la guerra, ni el socialismo le ha atribuido el invento. Lo que ocurre es que, mientras los escritores de mentalidad burguesa buscan las causas de las guerras donde no están o se pierden en abstracciones con el fin de eludirlas; los socialistas las buscan en las formas concretas de los sistemas de producción a base de la explotación humana, en la desigualdad económica y en las contradicciones a que este sistema da lugar, sin negar las causas psicológicas y morales, religiosas e ideológicas, aunque subordinándolas a la primera.

Otros escritores de análoga mentalidad, a fin de salvar al actual sistema capitalista de la acusación de ser el generador de las guerras, ponen las causas de éstas fuera del alcance de la voluntad humana, atribuyéndolas a influencias de origen cósmico, astral, a fines providenciales y de absoluta necesidad biológica e histórica: las guerras, dice, son necesarias a la evolución humana, siempre las hubo

y las habrá. ¿Qué sería el mundo sin guerras, sin matanzas humanas, sin masacres? Los hombres se multiplicarían de tal modo que no habría sitio en la tierra para ellos; luego, es necesario que destruyan mutuamente, a falta de flagelos y epidemias, para que vida de los unos subsista a expensas de la muerte de los otros.

Las teorías darwinianas de la evolución abonan el concepto guerrerista y conservador de las viejas formas sociales: sólo tienen derecho a existir los más aptos, para que cumpla la ley de la selección; lo que, en el concepto burgués, los más aptos son los poseedores, los privilegiados de la fortuna, que se han hecho tales por herencia o por su mayor habilidad para vivir a costa de los otros, por su mayor capacidad de explotación, de despojo y de violencia. A esto se llama, “científicamente”, selección social.

Los representantes del capitalismo moderno, del imperialismo capitalista no se andan con medias tintas, y declaran lisa y llanamente que el único medio de solucionar la crisis actual, es desencadenar una guerra mundial, que elimine del escenario de la vida terrestre los centenares de millones de seres humanos (productores sin trabajo y sin consumo) que el desarrollo y perfeccionamiento de la maquinaria, de la técnica y de la industria colocaron al margen de la producción y del consumo por innecesarios y perjudiciales a la vida perdurable del régimen de explotación capitalista. Teniendo el Capitalismo la maquinaria y la cantidad suficiente de esclavos que se engranan a ella ¿para qué quiere los centenares de millones que sobran y que ponen en peligro su existencia? Ante el dilema de mantenerlos o matarlos, se inclina por esto último, y la guerra es un medio eficaz, honroso y patriótico para eliminarlos cristianamente, de acuerdo con su cristianismo.

Leopoldo Lugones decía, hace algunos años, en su panegírico al presidente del Perú, que ha llegado la “hora de la espada”, entendiéndolo decir que sólo por la fuerza armada se pueden hoy resolver los asuntos sobre las naciones. Lugones es un poeta cristiano... Lo es también Mussolini, que cree que las “guerras son el estímulo de las energías de los pueblos”.

Grandmontagne, espíritu muy cristiano y, por añadidura, conservador, se pregunta:

“¿Serán las guerras irremediables como las epidemias? ¿Obedecerán a las leyes fatales de la naturaleza, como los terremotos, las tempestades, los ciclones, los desbordamientos fluviales y las galernas marítimas?”

¡Copioso desbordamiento de palabras huecas, con las que se quiere eludir la verdadera causa de las guerras y la responsabilidad en quienes la provocan, por asegurarse un puesto en el banquete de los elegidos!

Hubo un tiempo en que se creyó que el paso de un cometa por la tierra era presagio seguro de guerras. Actualmente hay autores científicos que las relacionan con la mayor o menor dimensión de las manchas solares; y o faltan sabios psiquiatras que las atribuyan a un caso de locura de los gobernantes, a una enfermedad psicopatológica o manía de guerrear.

Los católicos las hacen provenir de la “ira de Dios”; son “un castigo del cielo”, dicen, por falta, sin duda, de la fe católica.

Esto de hacer descender las guerras del cielo, resulta anacrónico y sólo se le puede disculpar a la fantasía bíblica de Milton, que hace cargar a Lucifer con la inmensa responsabilidad de una guerra angelical y de haber transportado ese arte de ángeles a la tierra. La fantasía pagana de Homero es más humana: coloca las causas de la guerra aquí abajo, y sólo por afinidad entre los héroes y los dioses, hace descender a éstos y tomar parte en la contienda. Sin embargo, las causas reales de la guerra entre Grecia y Troya fueron muy otras que el rapto de Elena por Paris; éste no fue más que el lado romántico de la épica de Homero o, cuando no, el pretexto de la contienda: las verdaderas causas hay que buscarlas en el desarrollo económico y comercial de ambas potencias, en el deseo de predominio sobre las colonias del Mediterráneo. El rapto de mujeres, como *casus belli*, se remonta a épocas o pueblos muy primitivos, sin estructura económica y sin Estado.

Lo mismo sucede con las guerras que se excusan en el asesinato de determinadas personas: no corresponden a la época capitalista. La muerte del archiduque Francisco Fernando, en Sarajevo, a raíz de la conflagración europea, fue sólo un pretexto. Las verdaderas causas de la guerra europea se encuentran en el desarrollo industrial y en la lucha económica de las principales naciones en conflicto. Había que buscar mercados dónde colocar los productos; se necesitaban nuevas fuentes de riqueza natural, empresas más provechosas, fuera de los límites nacionales, en qué invertir los capitales. Austria, impulsada por el capitalismo nacional, buscaba una salida al mar libre a través de los Balcanes, a los cuales debía invadir. Alemania buscaba expansión territorial y dominio colonial, a lo que le obligaba el enorme desarrollo de su industria y su categoría de país imperialista. Francia, país prestamista, con sus grandes capitales improductivos, o invertidos en empresas para oponerse a la expansión del capitalismo alemán, con una población detenida en su crecimiento, buscaba colocar sus capitales en el extranjero, para lo cual necesitaba de colonias. Inglaterra, en decadencia industrial, con un maquinismo deficiente, era desalojada comercialmente por el industrialismo alemán y el yanqui que, con una técnica más moderna y perfecta, y a precios más reducidos, le disputaban el predominio del mercado mundial. Serbia, presionada por medidas aduaneras, impuestas por Austria-Hungría a su industria porcina, de la que era su único mercado, aspiraba a una salida al mar Adriático y a liberarse de la tutela de los financistas de Viena, Italia y Rusia proyectaban una línea Danubio-Adriático: Italia

crearía una gran factoría en los Balcanes: éstos comprarían el exceso de seda, azúcar, acero y otros productos italianos, y Rusia podría realizar su comercio por el Mediterráneo.

Tales son las causas reales de la conflagración europea, desencadenada por el imperialismo capitalista de los países litigantes y que costó 915.000 millones de francos oro y la vida de 10.000.000 de soldados, a 13.000.000 de civiles y más de 20.000.000 de heridos; 5.000.000 de viudas y 9.000.000 de huérfanos.

Si los mismos efectos son producidos por las mismas causas, no es aventurado afirmar que las guerras y demás conflictos políticos armados tienen por causa real e inmediata la estructura económica de la sociedad capitalista y que mientras esta estructura no cambie, habrá guerras y conflictos sociales.

El “sentimiento de la dignidad nacional”, el “concepto de patria”, la xenofobia o “patriotismo” y otras causas incidentales como el “ultraje a la bandera” o “la ofensa a la nación” o “al pabellón”, no son causas que determinen una guerra: Son palabras muy bonitas para ocultar los intereses capitalistas en juego, para arrastrar a las masas a la carnicería, torturarlas, aniquilarlas y degradarlas en una lucha despiadada de hermanos contra hermanos, de hombres que no tienen motivo para odiarse y asesinarsen y sí muchos motivos para amarse y unirse en aras de un ideal más humano, más justo y elevado que el que persigue la guerra y los que la provocan.

La acción constante y decidida, organizada con todos los elementos antiguerristas, es necesaria para evitar una nueva hecatombe. Con sólo creer que la guerra es mala, no se realiza la paz en el mundo: hay que combatirla en las causas. La idea de la paz es buena; pero la acción constante contra las causas que generan la guerra, es mucho mejor.

Es cierto que las guerras dependen de la imperfección humana, de su atraso moral: pues si los hombres fuesen más perfectos, las guerras no existirían, ni existirían tampoco las causas económicas que las generan; pero no es menos cierto que esta imperfección o atraso moral se ha materializado en la estructura económica de la sociedad (y en su superestructura política y jurídica a la cual han de ajustarse los hombres) y mientras exista esta estructura, existirán las guerras y los conflictos sociales, que tienen en ella sus causas inmediatas.

El hecho de que la mayoría de los hombres vaya a la guerra contra su voluntad y su conciencia, demuestra hasta qué punto los sentimientos y las voluntades están presionados por los intereses materiales del capitalismo, que forman la base sobre que gira todo el sistema de producción actual.

Los espiritistas sostenemos que el factor económico, o sea el modo de producción y distribución de la riqueza social, es una causa que, a su vez, necesita ser explicada por causas morales y espirituales que escapen al materialismo dialéctico; pero reconocemos que las causas inmediatas de las guerras, como la mayor parte de los males sociales, derivan del actual sistema de producción, y por eso nos adherimos al movimiento antiguerrero que las combate en sus causas inmediatas, sin renunciar por esto a seguir combatiéndolas en sus causas morales, en el espíritu y en la conciencia de los hombres, para que éstos sean capaces de resistir a las sugerencias del capitalismo y del nacionalismo xenófobo y guerrista.

Si los hombres de sanos ideales, si los productores del músculo y los del cerebro, unidos en un solo frente, sabemos resistir a las instigaciones patriotas y chauvinistas, sabemos contener la voracidad del imperialismo capitalista y apagar el incendio de la guerra mundial que arde ya en Asia y en América, habremos demostrado que el sentimiento de la paz es superior a los intereses de la guerra y que los pueblos no son siempre rebaños dóciles al sacrificio del matadero; habremos evitado que millones de hombres en la flor de la juventud y de la vida, sean arrancados del hogar para que arrastren en el lodo de las trincheras llenas de inmundicias y de piojos, rotos y hambrientos, que caigan destrozados por los obuses y las ametralladoras o sucumban asfixiados o envenenados en los campos de batalla, que la muerte macabra se cebe en ellos, los hunda aún con vida, en los fosos y precipicios, o los deje, como espectro, descarnados o tumefactos, con la mueca de dolor o de la locura en el rostro, tendidos sobre los alambres de púa, o tiosos, apoyados en los muros de las trincheras, o bien que perezcan a consecuencia de sus heridas, revolcándose en el lodo viscoso de los baches, sin auxilio, sin piedad y sin consuelo, o que el sufrimiento o el terror los enloquezca o idiotice, habremos evitado la destrucción de aldeas y ciudades y la muerte de millones de ancianos, mujeres y niños inocentes por los gases, las bombas bacteriológicas y por el derrumbe de los edificios bajo la acción destructora de los aviones y de los cañones de largo alcance: habremos evitado también el saqueo y la violación de mujeres por la soldadesca ebria o moralmente degradada por el ambiente inmoral y corrompido del cuartel y la vida militar.

No volveremos a ver el espectáculo angustioso y desolador de los campos yermos e improductivos, sembrados de osamentas humanas, quemados por la pólvora y el incendio y abonados por la sangre de millones de hombres que, siendo despojos, desolación y muerte, pudieron ser herramientas y brazo, producción y vida. No veremos tampoco a los millares y millares de niños huérfanos, hambrientos, enclenques, harapientos, vagando por las ciudades en medio del mayor abandono, ancianos desarraigados, buscando pan y abrigo, esposas y madres angustiosas y desoladas vistiendo el luto de la guerra, novias desconsoladas por la pérdida y desesperación de sus caros afectos, ni la inmensa legión de mutilados, inválidos, locos, semi-idiotas, viviendo de la caridad pública, luciendo la herencia maldita de la

“patria” y de la guerra. Habremos evitado, en fin, mucho dolor, mucha amargura, mucha tristeza, mucha vergüenza, mucha desolación y mucho odio, y puesto a la humanidad en camino de una vida más feliz, más justa y más espiritual.

## CAUSALIDAD Y FINALIDAD

Los dos puntos filosóficos sobre los cuales gira la moral dinámica del Espiritismo son, sin disputa, la causalidad y la finalidad, sin los cuales toda conducta carece de verdadero fundamento. La causalidad responde al porqué de las acciones; mientras que la finalidad explica el para qué de las mismas. Si falta uno de estos dos términos, no existen, no pueden existir verdaderas acciones morales; en el primer caso, porque sin antecedente causal, sin causa o serie de causas que influyan en las determinaciones de la voluntad, de acuerdo con el proceso moral de cada individuo, ninguna acción se explica, y en el segundo, porque si a este antecedente causal y sus efectos consiguientes, les falta un poder directriz, selectivo y telético, una dirección, un fin moral perfectible hacia el cual ajustar las acciones con arreglo a principios éticos inherentes a la conciencia de cada individuo, se caería o en el determinismo fatalista o en el fatalismo determinista, es decir, en el materialismo o en la teología.

Porque – y conviene dejarlo establecido – el fatalismo teológico no excluye el determinismo, antes bien lo supone: pues si las acciones se realizan, en tal supuesto, de acuerdo con la presencia de un Dios que las ha previsto y dispuesto, desde toda eternidad, necesitan para que así resulten, del encarnamiento de las causas que las han de producir sin el cual no se realizarían; y si, por el contrario, se realizan en virtud de un determinismo ciego, sin sujeción a principios morales inherentes al espíritu ni a la dirección finalista que éste les trae de acuerdo con una finalidad de bien y de justicia perfectibles, tal determinismo es fatalista, de un fatalismo más funesto y desgraciado que el primero, por cuanto éste se cumple de acuerdo a una voluntad, a una inteligencia a un propósito, a un fin divino, aunque, en este caso, el hombre no resulte más que un instrumento de la Providencia, que tiene la pretensión de creer que es él quien voluntariamente camina, siendo Dios el que lo arrastra a su oculto destino, según un plan preestablecido.

La filosofía espírita es determinista, pero no fatalista, ni en el sentido teológico, ni en el materialista. En el primero, porque no admite que las acciones humanas ni las causas que las producen estén fatalmente dispuestas por Dios para la realización de cada fin individual, y porque este fin no es un límite en el cual se cierre la evolución del espíritu ni está fuera del ser, ni es opuesto a su esencia ni a su voluntad, sino que es dinámico, indefinido y libre en la elección de los medios y de las acciones que han de realizarlo; es el ser realizándose a sí mismo en el proceso sin límites de su evolución, superándose en las nociones y en la práctica del bien, de la justicia y del amor, desarrollando las potencias y facultades de su espíritu,

elevándose a una mayor comprensión de su personalidad y de la naturaleza por medio de la cual se desarrolló. El principio inteligente o causa primera que rige el destino de los seres y las cosas y al cual por habito de lenguaje llamamos Dios, no está fuera del Universo y de la vida, ni por consiguiente, fuera del hombre, que también es vida e inteligencia y parte integrante del Universo, sino que es el principio mismo de la acción universal en todos los órdenes de la vida, la causa activa, viviente, diversificada en los seres, alma dinámica que todo lo llena y todo lo comprende en su propia esencia, que todo lo determina y enlaza valiéndose para ello de los mismos seres que crea, sin impedir las determinaciones de cada uno, las que, por lo demás no pueden ser impedidas arbitrariamente, porque cada ser es un agente de sus propios designios, una ley que se cumple dentro de la complejidad de las leyes antinómicas que dan existencia al mundo e impulso a la evolución.

Obre bien y obre mal, tampoco el hombre puede ir contra los designios de Dios, porque, siendo la creación resultante de estos designios, no puede hacer ni siquiera pensar nada arbitrario a ellos; y de ahí que los actos del hombre, como sus mismos pensamientos, sean buenos o sean malos, sean morales o inmorales libres u obligados están siempre dentro de las leyes naturales o, si se prefiere, divinas.

Si el hombre fuese capaz de obrar contra todas las leyes de la naturaleza, sería un ser sobrenatural, muy superior al mitológico Lucifer, y entraría en conflicto con el mismo Dios, a quien superaría por haber descubierto leyes y realizado actos que no eran posibles dentro de la naturaleza.

El hombre, dentro de su relativa inteligencia y sus limitadas facultades, no puede sino estar en armonía (en armonía dinámica, entiéndase bien) con la causa creadora que rige los destinos de los seres, y cualesquiera que sean sus determinaciones morales, encajan siempre en la armonía dinámica del Universo.

Esto podría hacer suponer la justificación de situaciones o sucesos que reputamos como malos. Pero téngase en cuenta que estas situaciones y sucesos, en nuestro concepto dínamo-genético de la vida y de la historia, ni son justificables ni son fatales; son el resultado de un proceso en el que entran factores conscientes e inconscientes, voluntarios e involuntarios, resultado que, en los términos opuestos de la armonía social, representan la parte negativa y que lleva, en la parte positiva, los elementos de su propia destrucción; tienen la duración de un ciclo de la evolución social, cuya caída puede producirse y se produce, en última instancia, por la voluntad y por las fuerzas morales puestas al servicio de un bien y de una justicia mayores.

El hecho de que una cosa exista, no significa que haya tenido fatalmente que existir, ni que sea justificable por el mero hecho de su existencia. No hay, pues, nada fatal en la evolución moral, según la doctrina espiritista, fundada en el conocimiento

del espíritu humano: cada ser realiza sus propios fines dentro de las posibilidades de cada momento de su existencia, actuando en la creación y modificación de las condiciones favorables a su desarrollo e imprimiendo a éste, según el grado de perfeccionamiento alcanzado, la dirección moral y social que conviene a sus fines.

Tampoco es fatalista en el sentido materialista; no puede admitir, porque los hechos y los razonamientos se oponen a ello, que las acciones y los sucesos humanos estén necesariamente determinados por una causalidad fenomenal y ciega y que la voluntad y la conciencia estén subordinadas a esta causalidad.

El materialismo, y hablo del materialismo dialéctico, que es determinista y, en el sentido opuesto, fatalista, coloca la causalidad atrás, y por delante el azar. Niega finalidad a la vida y, particularmente a la vida individual. El individuo, como ser biológico, no es más que un mero accidente, una forma pasajera de la materia organizada; como ser psíquico, la resultante del funcionamiento cerebral y de los reflejos exteriores en el cerebro; como ser moral y social, el producto de medio y de la sociedad; sólo le concede deseos y propósitos inmediatos, cuyos resultados anula en el choque o conflicto de los opuestos. El individuo por si mismo no tiene causalidad porque no tiene preexistencia, ni independencia, ni espontaneidad, ni historia propia; es un engranaje del mecanismo social. El proceso de la vida moral individual está determinado por la manera de ser de la sociedad, por su modo de producción, y no por las determinaciones propias y espontáneas del espíritu, de acuerdo con los principios morales inmanentes, desarrollados en el curso de una evolución pretérita y continua.

En este determinismo fatalista la causalidad moral ni siquiera tiene valor como propulsora del proceso social, para la transformación de la sociedad, puesto que está subordinada al determinismo económico que, en el concepto del materialismo dialéctico, es decisivo.

“La abolición de clases como otro progreso social cualquiera – dice Engels – se hace practicable, no porque haya en las masas la simple convicción de que la existencia de esas clases es contraria a la igualdad, o a la justicia, o a la fraternidad: no por el simple deseo (sic) de destruirlas sino por el advenimiento de nuevas condiciones económicas”.

Convendría averiguar si el advenimiento e las nuevas formas económicas se produce por sí sólo, es decir, por el solo encadenamiento mecánico (o si se prefiere dinámico) de las formas de producción, sin intervención ni dirección por parte de las ideas y el deseo de igualdad, de justicia y de fraternidad, y en tal caso preguntar a los materialistas la razón lógica de porqué el proceso histórico, económico y social va escalando formas superiores; del estado de salvajismo al régimen de esclavitud, de éste al feudalismo, del feudalismo al régimen capitalista y de éste al socialismo, en una progresión ascendente, siguiendo las aspiraciones humanas de una mayor

igualdad, de una mayor justicia y de una mayor fraternidad y ajustándose al deseo de los hombres que, en el curso de la historia y dentro de sus relativos medios y conocimientos y con relación al grado de desarrollo moral y económico de cada época, lucharon por ese ideal. Pero no es aquí el lugar ni el momento de entrar en estas averiguaciones que, por lo demás, no podrían ser contestadas de un modo lógico y razonable sin considerar al ser humano como poseyendo en sí mismo la fuerza directriz del desenvolvimiento moral y material de la historia, o, en su defecto, considerar a éste como providencial, cayendo en el fatalismo teológico.

Mientras el materialismo hace del factor económico la causa determinante de las acciones del hombre y pone en la evolución a la causalidad por detrás y el azar por delante, la teología anticipa la causalidad a los hechos y por delante en vez del azar, el destino: pues según se deduce de sus dogmas, Dios, en su presciencia y omnisciencia absolutas, ha previsto y dispuesto las acciones del hombre de tal modo que éste debe cumplirlas fatalmente y llegar también de un modo fatal a su destino, eternamente feliz o desgraciado, después del término de esta existencia. De nada vale que los teólogos apelen al libre albedrío como facultad para determinarse en el sentido del bien o en el sentido del mal, para ganar el Cielo o perderse en el Infierno o que empleen juegos de palabras como este:

“Las cosas no suceden porque Dios las prevé sino que las prevé porque sucederán”;

pues todos los esfuerzos de la metafísica teológica resultan impotentes para conciliar dentro de sus doctrinas el libre albedrío con la presciencia y omnisciencia de Dios.

Veamos, por otra parte, que ni el materialismo ni la teología conceden finalidad a la evolución ni a las acciones morales del individuo: la Segunda pone el destino donde el primero coloca el azar, y el destino, en rigor, no es finalidad en el sentido teleológico o telético de la evolución. El destino teológicamente considerado es un término, un punto final al progreso, que termina en un lugar donde ya nada hay que hacer ni en el sentido del bien ni en el sentido del mal ni del perfeccionamiento, ni del conocimiento; es la inactividad y, desde este punto de vista, es preferible el azar que, aunque es movimiento ciego, es movimiento.

El Espiritismo viene a dar al hombre, a descubrirle, diríamos mejor, su verdadera finalidad de acuerdo con un concepto científico más elevado de la evolución y viene a conciliar la libertad con la causalidad y con los designios del Principio inteligente que rige las leyes del Universo. El Problema de Dios y de la libertad, condicionada y relativa, encuentra en la filosofía espírita una solución lógica, la única que pueda darse en el estado actual del humano conocimiento.

La filosofía espírita, fundada en observaciones y en experiencias psicológicas y en una lógica y una dialéctica superiores, nos enseña que el espíritu humano lleva en sí mismo los principios y la ley de su evolución moral, identificados con su esencia y con la esencia del Ser infinito; que, aunque finito y relativo, es infinito en su perfectibilidad, así como Dios es infinito en su perfección, y entre perfectibilidad y perfección no puede haber contradicción esencial, ni arbitrariedad, ni desarmoniza.

El hombre es relativamente libre dentro de su finitud y de la ley moral, que no es ni extraña ni opuesta a su esencia ni a su finalidad de perfeccionamiento sino que, como hemos dicho anteriormente, es el mismo espíritu moviéndose, accionando y reaccionando consciente o inconscientemente, en virtud de una causalidad y de un fin, dentro de determinadas condiciones naturales y sociales y de las leyes y causas concurrentes que rigen la evolución en general.

Así como las corrientes del mar no impiden que los peces se muevan en él con relativa libertad material, aun siguiendo –quizá sin saberlo– el curso de las aguas, sujetos a las condiciones e influencias del medio en que se desarrollan, a las cuales responden con sus medios de defensa y facultades de natación y traslación; del mismo modo las corrientes de la vida natural y social no impiden al espíritu humano determinarse en el seno de la naturaleza y de la sociedad con relativa libertad moral, respondiendo con sus facultades superiores a las influencias del medio en que actúa y condicionando este medio, natural o social, para la realización de sus fines, sin contradecir, por esto, las leyes de la naturaleza y de la sociedad, y no me refiero solamente a los términos positivos sino también a los términos negativos que complementan las leyes. Pues no hay que olvidar que en el concepto dialéctico del Espiritismo, toda ley natural, humana o divina, supone dos términos; uno positivo y otro negativo, dentro de los cuales se desenvuelve la relativa libertad del hombre.

Las causas fenomenales, las influencias y los factores de todo orden que obran en nosotros, sobre nosotros y aun aparentemente en contra de nuestros propósitos más nobles, son la condición necesaria –pero de efectos contingentes–, del desarrollo de nuestra personalidad psíquica y moral; no son ellas la que determinan, las que trazan una dirección al proceso de nuestra vida: ellas son únicamente la materia, el elemento indispensable de nuestras determinaciones; puede considerárselas, a lo sumo, y en un límite también restringido, como causas motrices de la evolución, pero no son ellas las que trazan la dirección al proceso evolutivo individual o social.

La verdadera causalidad substancial y directriz radica en el hombre en su espíritu, con ella responde a las causas fenomenales y les imprime la dirección que conviene a sus fines o, mejor dicho, se orienta a través de ellas, por que las causas fenomenales son pasajeras, mientras que el espíritu preexiste y subsiste a ellas.

En el orden moral como en el orden físico no hay efecto sin causa y los hechos o fenómenos se encadenan en uno como en otro en una causalidad o serie de causas o efectos, de acciones y consecuencias que determinan un proceso cíclico, el cual se encadena a otros y así sucesivamente; pero en el orden moral la causa esencial y determinante es el espíritu y no la causalidad fenomenal que, en el proceso de la evolución, esta subordinada a aquél; mientras que en el orden físico la causalidad es puramente fenomenal, los fenómenos se producen fatalmente en virtud de sus antecedentes causales (cuando no están supeditados a la voluntad de un ser inteligente) sin que preexista ni subsista a ellos una causa esencial y directriz.

Tampoco hay causa sin efecto, lo mismo en el orden moral que en el orden físico; pero en el primero, a diferencia de los fenómenos físicos, la causa obra sobre un ser consciente, inteligente y volitivo que puede exteriorizarla en acto o no, y los efectos están sujetos a contingencias: una misma causa puede tener consecuencias distintas, porque las determinaciones dependen de la voluntad de un ser activo característico y no del antecedente causal, que sólo tiene razón suficiente para provocar un efecto, pero la calidad del efecto, el carácter de la resolución, la dirección de la conducta y la consecuencia moral no dependen de él. No obstante el efecto se produce y la consecuencia subsiste, pero no es unilateral como sucede con los efectos físicos que, según el principio de las leyes (que no debe confundirse con el principio de causalidad) exige que las mismas causas produzcan siempre los mismos efectos.

En el orden moral, las mismas causas pueden producir efectos distintos, y de ahí que la ley de causalidad sea bilateral y, por lo tanto, no sea fatalista y deje al espíritu en libertad relativa para tomar decisiones y dirigir su conducta.

“El fatalismo – como dice el ilustre Flammarión – es la doctrina de los somnolientos; los fatalistas esperan los acontecimientos (o se dejan arrastrar por ellos), lo que ellos suponen que ha de producirse a pesar de todo, por encima de todo. Por el contrario, nosotros trabajamos y cooperamos en la marcha de los acontecimientos. Lejos de ser pasivos, somos activos, construimos nosotros mismos el edificio del porvenir. El determinismo no debe confundirse con el fatalismo. Este representa la inercia; el primero representa la acción”.

Pero entendamos que el determinismo espiritualista, en el concepto espiritista de la palabra, no debe confundirse con el determinismo materialista ni con el determinismo teológico, que subordinan la voluntad a los hechos ciegos o predestinados y colocan, respectivamente, el azar y el destino, donde el Espiritismo, como compensación a los esfuerzos, pone la finalidad, que es perfeccionamiento indefinido, actividad consciente y voluntaria, dirigida hacia un mayor progreso moral y espiritual, hacia una mayor justicia, un mayor bien individual y social hacia una mayor comprensión de nuestra personalidad, de la naturaleza y del Ser infinito que rige sus leyes.

Desde un punto de vista más trascendental y teniendo en cuenta que la evolución espiritual del ser humano no está limitada entre el nacimiento y la muerte, la ley de causalidad moral, llamada también de causas y efectos o simplemente karma, se extiende al proceso del espíritu, abarcando sus anteriores existencia o encarnaciones sucesivas, pero esta causalidad extendida a tiempos y formas pretéritas, está siempre determinada por el espíritu en su evolución de lo inconsciente a lo consciente o, mejor dicho, de una inconsciencia relativa a una mayor conciencia, ya que una inconsciencia absoluta en un ser biopsíquico es inconcebible.

El encadenamiento de hechos y consecuencias, en las sucesivas personalidades que dan forma biológica a nuestra individualidad psíquica a nuestro yo permanente e indestructible, determina, por la acción y dirección del espíritu, el progreso moral y espiritual que suma cada una de nuestras existencias. Lo que somos hoy, en actividad, es la consecuencia de lo que fuimos ayer, y lo que seremos mañana, depende de lo que seamos hoy, y digo de lo que seamos y no de lo que somos, porque en nuestro concepto dialéctico de la evolución, nada está en reposo, todo llega a ser, como decía Heráclito comparando la vida con la corriente de un río. La evolución es un constante devenir, un movimiento continuo, en que el espíritu, ser activo por su esencia, cambia constantemente en sus formas, ideas, hábitos, costumbres y cualidades adquiridas y se renueva y perfecciona sin cesar: la personalidad humana es, como dice Oliver Lodge, una obra interminada e interminable; es, diremos nosotros, una chispa encendida que deja tras sí la influencia de su pasado, pero que intensifica en su trayectoria la ley que ilumina su porvenir; no se detiene en ningún instante de su vida. El mismo sueño es un estado activo del alma; y la muerte no es inercia, ni cesación de las facultades psíquicas, ni reposo, ni descanso, es tránsito de una forma de vida a otra, de una a otra forma de actividad, de un plano a otro de existencia. En este movimiento perenne de la evolución sin límites, el espíritu acciona y reacciona, responde con su actividad a los factores externos y selecciona las causas y los motivos que obran sobre su voluntad, cediendo en muchos casos a los impulsos del mal y oponiéndose, en otros, a estos impulsos y a las influencias del medio, y en esta lucha incesante a través de experiencias infinitas, avanza en el camino del progreso, adquiriendo una mayor comprensión, una mayor conciencia, una mayor inteligencia y fuerza de voluntad, ampliando los horizontes de sus conocimientos, desarrollando sus potencias psíquicas y morales, dominando cada vez más su causalidad, subordinándola a sus más elevados propósitos, imprimiéndole la dirección finalista a medida que la finalidad ulterior, que abarca los fines inmediatos, se hace más accesible a su inteligencia y se identifica con el Ser infinito, fuente de toda bondad, de toda justicia, de todo amor y de toda perfección. De ahí que toda la serie de causas pasadas que obran sobre la vida de un ser, son determinadas por el propio ser en la medida de sus conocimientos, de sus esfuerzos y del desarrollo de sus facultades y sentimientos.

Si nosotros somos los que determinamos nuestras acciones y nuestra evolución y llevamos en nuestro espíritu el poder directriz de orientarles hacia una finalidad, ya sea social o espiritual, se deduce, entonces, que los problemas individuales y sociales que se relacionan con la causalidad moral dependen de nosotros, de la actividad, del esfuerzo y de la inteligencia que empleemos para resolverlos y que las situaciones económicas y sociales como las clases a que éstas pertenecen son condicionales a determinada forma de la sociedad, pero de ningún modo necesarias para la evolución del espíritu y la estabilidad social y, por necesarias para la revolución del espíritu y la estabilidad social y, por consiguiente, no tienen razón para perpetuarse. Y, desde luego, la ley de causalidad no viene a ser una ley que impone condiciones fatales de privilegio y de miseria a los hombres; sino que la sociedad dividida en clases sólo representa un estado inferior y pasajero de la evolución moral y social. Y estamos, entonces, en una comprensión superior de la doctrina espiritista. Esto nos permite abordar un nuevo aspecto crítico del tema que venimos tratando y demostrar que el Espiritismo filosóficamente considerado, no es una doctrina que pueda servir de puntal a la explotación y a la inmoralidad del régimen imperante.

Los que sostienen, fundándose en la ley de causalidad, que cada uno ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde, o son pobres de inteligencia que no han penetrado el fondo moral de nuestra doctrina, o hacen de ésta un sincretismo, mezclando en ella los peores elementos de las religiones positivas y conservadoras o, lo que es peor, ven en él de acuerdo con su criterio, el medio de justificar y a la vez aseguran las situaciones ventajosas que, al amparo de la injusticia y de la inmoralidad establecidas, se han creado en la sociedad, y en vez de defender la moral excelsa del Espiritismo defienden sus propios intereses y dan a los potentados de la tierra, un arma filosófica formidable para que se defiendan de los desheredados.

No fue ésta la actitud espiritista, valiente y generosa de Kardec, cuando al fin de su vida, con la experiencia y la madurez de su reflexión, escribió en Obras póstumas aquellas páginas proféticas admirables que todos conocemos, donde fundamenta la moral social sobre los principios de Libertad, de Igualdad y de Fraternidad y afirma el advenimiento de una sociedad sin privilegios y sin clases; páginas que debieran ser recordadas a los profanos como a algunos adeptos que, dándose el título de kardecistas, las olvidan con frecuencia.

Valerse de la ley de causalidad para justificar (pretendiendo explicar) las desigualdades económicas y sociales es contraer una grave responsabilidad ante la historia del Espiritismo, que tendrá que desmentir mañana con hechos lo que hoy desmentimos con razonamientos; es tergiversar sus enseñanzas por no haberlas comprendido o por quererlas ajustar a los convencionalismos de la sociedad; es hacer del Espiritismo la doctrina más contraria al progreso y al derecho de

emancipación de los pueblos productores que sufren las consecuencias de un régimen injusto y oprobioso; es, en fin, hacer un mal al rico y al pobre, pretendiendo conciliarlos manteniendo en pie las causas de su odio y de su conflicto; a los pobres, porque, con este criterio, se les da el derecho para que, en esta o en otras existencias, se conviertan a su vez en explotadores y en tiranos de los que hoy los oprimen; y a los ricos y potentados, porque tendrán que sufrir las consecuencias de la explotación y de la tiranía.

Por otra parte, los que así piensan no son siempre consecuentes con su doctrina, porque si un hombre ocupa el lugar que le corresponde, viviendo en la opresión y en la miseria, la caridad que ellos aconsejan es opuesta a la realización de este Karma, que ha de ser de humillación y de hambre hasta que cumpla su misión, como suele decirse, y lo mejor y más espiritista, en este caso, sería dejarlo bajo el yugo y la miseria, y más lógico aún hacerlo sufrir más humillación y más hambre, aumentado su dolor y su miseria para que termine su misión más pronto y venga luego a la vida a hacer sufrir a sus victimarios, prolongando así la cadena de sufrimientos, de odios y venganzas.

Las situaciones económicas y sociales no están determinadas necesariamente por antecedentes morales ni corresponden al grado de moralidad o de inmoralidad de cada uno, ni puede considerárselas como sanciones naturales correspondientes a tales o cuales merecimientos. La riqueza como la pobreza tienen orígenes y causas diversas; son cambiantes y están sujetas a influencias distintas. Las situaciones más ventajosas en la economía, en la política etc., suelen derrumbarse de la noche a la mañana así como suelen enriquecerse y encumbrarse muchos hombres de condición humilde. La riqueza material es, en muchos casos, el resultado de circunstancias fortuitas y en la mayoría, el resultado del despojo, de la explotación humana, de la prepotencia, del robo, del crimen, de la pillería y, en suma, de la inmoralidad legal o ilegal; los hombres que se enriquecen con sus propios esfuerzos y sin perjudicar a nadie, son contados; y la pobreza suele ser, en algunos casos, el resultado de la negligencia, de la ineptitud o de la demasiada moralidad y honradez y, en general, de la forma inicua en que está constituida la sociedad.

Tenemos, pues, que las situaciones económicas y sociales no están predeterminadas fatalmente ni necesariamente por situaciones análogas anteriores; que son cambiantes y se deben a factores de distinta índole, ajenos, en muchos casos, a la conducta del hombre, pero que pueden y deben sujetarse necesariamente a su voluntad y a una finalidad social superior; que nadie ocupa necesariamente el lugar que le corresponde en la sociedad, sino el que ha sabido o podido conquistarse en la lucha despiadada y cruel de los intereses materiales y sociales en pugna. El proceso individual del hombre está encadenado al determinismo de lo histórico, cuyo engranaje económico, político etc., sujeta la

causalidad o karma de cada espíritu a condiciones y circunstancias ajenas a su voluntad y les da orientaciones que dependen, hasta cierto punto, de estas condiciones y circunstancias o de voluntades distintas o contrapuestas a la suya. Cada ser trae a la vida su causalidad, su proceso serial de vidas pasadas, pero la historia y el proceso económico y social tienen también su causalidad, su determinismo independiente de cada individuo en particular. Los individuos vienen, actúan y se van, dejando, es cierto, su influencia en la sociedad y llevándose la influencia que recibe de ésta. Los hombres cambian, se perfeccionan, poco o mucho, pero desaparecen, y la estructura económica y social, son su superestructura política y jurídica permanece durante varias generaciones, siguiendo su propio determinismo hasta llegar al término de su ciclo y dar comienzo a otro; y los seres que vienen tienen que acomodarse a la estructura y a la superestructura de la sociedad, sujetos a sus condiciones materiales, adaptándose a la moral convencional y sometidos a sus leyes injustas o reaccionando contra ellas en vista de un régimen mejor, más justo y más humano. Y para esto el hombre que ha llegado a comprender la ley de su evolución moral, en el concepto espiritista de la vida, no debe tener en cuenta su pasado, que desconoce, ni justificar por éste – que es meramente conjetural – su presente, sino esforzarse porque este presente, que es un constante devenir, se ajuste lo más posible al mayor bienestar individual y social, de acuerdo con los elevados principios de su filosofía y no acomodarse a la situación económica, al privilegio de clase, que no puede existir ni sostenerse sino sobre el hambre, la miseria y la opresión de los demás lo que es contrario a los postulados morales del Espiritismo.

Sólo los valores morales y espirituales tienen su causalidad esencial en el espíritu; sólo ellos tienen una existencia imperecedera y progresiva y elevan al ser que los atesora a su verdadera finalidad: tienen también su propia sanción, sin que sea necesario recurrir a formas materiales de convivencia desiguales, a privilegios y explotaciones odiosas.

Estas, mientras existan, sólo pueden considerárselas como formas inferiores y pasajeras de la evolución, cuya desaparición depende de nuestras voluntades mancomunadas, de nuestros esfuerzos solidarios, es decir, de los hombres moralmente superiores que, unidos a la causa justa de los que sufren, trabajen por su pronta desaparición.

## **SOCIALISMO ESPIRITUALISTA**

### **I**

Agregar al Socialismo un calificativo cualquiera, que lo limite en su acción dinámica y progresiva, es desfigurar el significado de tan grandiosa ideología, puesto que Socialismo significa, en su más amplio sentido, un sistema económico y social

abierto a todas las iniciativas, a todos los esfuerzos mancomunados, a todos los adelantos y descubrimientos de la ciencia: sistema que, por sus principios de libertad, de relativa igualdad y de solidaridad humana, ha de unir a todos los hombres por los mismos derechos y deberes, sin distinción de ideas religiosas ni de concepciones científicas o filosóficas.

El Socialismo así comprendido – como en realidad debe ser, pese a todos los sectarismos – significa un sistema de producción y distribución de la riqueza en común, vale decir, un régimen social en el que todos trabajen en la medida de sus fuerzas y de sus aptitudes y disfruten por igual de la riqueza social, según sus necesidades, lo mismo materiales que espirituales.

Considerado el Socialismo desde este punto de vista, no caben en él divergencias fundamentales, no obstante existir en su seno diversos sectores ideológicos, cuyos puntos de vista difieren solamente en lo que se refiere a táctica revolucionaria, al modo y tiempo de realizar sus ideales.

Las divergencias de fondo existen cuando se encara los principios filosóficos y científicos que se hacen servir de base al Socialismo; cuando se considera al Universo, la vida y el hombre con un criterio materialista y unilateral, cuando se da preponderancia a los factores de orden material sobre los factores espirituales. Entonces surgen naturalmente las divergencias, porque de un socialismo amplio, abierto a todas las concepciones del espíritu, a todas las investigaciones y descubrimientos de la ciencia, se hace un socialismo dogmático, cerrado a todo lo que no se acomoda a los dogmas establecidos.

La concepción espiritualista del Socialismo, no es dogmática ni unilateral, cuando se interpreta éste con un criterio espiritista, exento de todo dogmatismo religioso. El espiritualista, así considerado, no sólo cree en la posibilidad de una sociedad fundada en la igualdad de derechos económicos y sociales, sino también en la necesidad histórica de esta sociedad, que, por ley de la misma evolución, está llamada a suplantarse al régimen capitalista. Pero esta necesidad histórica, no se crea merced a la preponderancia de los factores materiales: no es la materia la que determina y rige al espíritu, como no es la economía la que crea y determina la psicología y los principios morales. La sociedad es un dinamismo psicológico, antes que un mecanismo económico. Hay, sin duda, en el proceso histórico de la humanidad fuerzas concurrentes de distinta naturaleza, acciones y reacciones entre las fuerzas materiales y espirituales, pero en último término, son las fuerzas espirituales la conciencia, la inteligencia y la voluntad, las que determinan y dirigen el proceso de la historia hacia formas económicas y sociales más perfectas y más en concordancia con las necesidades del espíritu.

Para el socialista materialista, cualquiera que sea su filiación ideológica, el espíritu no es más que un accidente de la materia, un producto orgánico sin realidad substancial, sin preexistencia ni subsistencia al cual ni siquiera le reconoce unidad psicológica, pues, en tal concepto, no pasa de ser más que una simple coordinación de estados de conciencia. Considerado el hombre así, no se le puede tener en cuenta como causa espiritual directriz, en el desenvolvimiento de la sociedad, y de ahí que se le subordine a las fuerzas materiales y que, moralmente, se le considere como producto del medio social y de la moral establecida.

El espiritista tiene razones fundamentalísimas, de carácter científico y filosófico, para no admitir semejantes teorías como base del Socialismo, del Socialismo amplio, no sectario ni dogmático y, sobre todo, divorciado de la ciencia moderna, que ha demostrado hasta la evidencia que en el Universo nada se rige al azar y por la sola virtud de la causalidad fenomenal, sino que la vida universal en todas sus manifestaciones, está regida por fuerzas espirituales, psico-dinámicas, directrices y teleológicas, es decir, que tienden a un fin determinado, en virtud de su poder endógeno y de los demás factores exógenos concomitantes, que contribuyen a su desarrollo. En toda manifestación biológica, lo mismo individual que social, hay un dinamismo psíquico, una potencia espiritual, finalista, que acondiciona la vida – aun tomando como base las condiciones existentes- a un fin, a un propósito determinado.

En la sociedad humana, este poder directriz, a la vez teleológico y telético no está en el “conjunto armónico” de la sociedad, que, por sus propias contradicciones, es incapaz de trazarse una finalidad de conjunto: son los individuos más evolucionados, los más capacitados, moral e intelectualmente, los que mejor conocen la psicología social y el engranaje económico de la sociedad, los que dirigen el movimiento de avance hacia un fin más elevado: son las tendencias individuales revolucionarias las que se partan de las tendencias generales conservadoras. Esta es la ley de toda evolución, lo mismo biológica que social.

Desde este punto de vista, podemos dar por bien empleado el calificativo de espiritualista aplicado al Socialismo, que significa un mayor alcance ideológico, una mejor comprensión de la personalidad humana, de su dignidad, de sus deberes y derechos, con relación a su finalidad social y espiritual.

Al encarar nosotros el Socialismo en la nueva corriente del espiritualismo científico, no queremos limitar su significado ni sus anhelos de justicia, no queremos tampoco encerrarlo en un nuevo dogmatismo o crear una nueva secta, sino ampliar su significación y darle un concepto más ajustado a la verdad científica con respecto a la personalidad humana, a la justicia, y a la finalidad social, que no consiste ésta solamente en proporcionar goces efímeros para la vida presente, sino también en proporcionar a los seres humanos el medio de superarse moral y espiritualmente, no

tomando la vida presente como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar un fin superior. La existencia humana es una lucha incesante, un eterno bregar por un fin individual o social, que tendrá un término, o con la desaparición del individuo o con la desaparición de la sociedad; y es un absurdo y una loca utopía pretender que el hombre “llegará a dominar las fuerzas de la naturaleza”, cuando, a fin de cuentas, no es, en el concepto social materialista, más que un accidente de la materia organizada al azar y que desaparecerá del planeta, o con el planeta, que habita, sin dejar rastros de su existencia. Este pensamiento no tiene nada de optimista ni de alentador para la lucha por un ideal, aunque, de corresponder a la verdad, habría que aceptarlo con todas sus fatales consecuencias. Pero la verdad es muy otra y habla muy en favor (con la elocuencia de los hechos) del concepto espiritualista.

Los espiritistas, al luchar por el advenimiento del Socialismo, no creen que éste sea forma estática de la sociedad, pero su concepto dialéctico ni es el de Hegel ni el de Marx sino que abarca el espíritu y la materia, el mundo objetivo y el mundo subjetivo o espiritual; pero en vez de subordinar éste a aquél, prueba, con hechos evidentes, que el mundo de la materia está subordinado al mundo del espíritu y que la sociedad, lejos de ser “arrastrada fatalmente” por los hechos económicos (Lafargue), son los hechos económicos, los que están sometidos en último término a la acción más o menos consciente y voluntaria del espíritu, que es, en último análisis, el que crea la economía y la acondiciona a una finalidad progresiva y siempre en relación a las nuevas necesidades, materiales y espirituales que se crea en su desarrollo y en su grado máximo de comprensión.

## II

Los fundamentos científicos y filosóficos del Espiritismo no sólo dan base moral al socialismo, explicando el proceso de la historia por factores espirituales y materiales – pero obrando éstos bajo la acción más o menos consciente y voluntaria del espíritu – sino que predispone al hombre a continuar con mayor fe y optimismo este proceso en una determinada dirección telética, indefinida que concuerda con el grado de progreso moral de los individuos y también con el desarrollo de la economía social.

Muchas son, sin embargo, las objeciones que se hacen a los espiritistas respecto a una supuesta actitud conformista e indisposición de ánimo, para la lucha por el advenimiento del socialismo y hasta para la posible realización de éste, que, como es sabido, tiende a la igualdad económica y social o, mejor dicho, a la abolición de todos los privilegios económicos y sociales. La más fundada de estas objeciones –si se hubiese de tener en cuenta el criterio simplista y unilateral con que muchos adeptos interpretan la doctrina de la reencarnación-sería la que se refiere a la ley de causalidad espírita o moral, o sea a las consecuencias morales y sociales

que derivan de existencias anteriores, de situaciones ventajosas o desventajosas, preexistentes, que determinan la condición económica y social de cada individuo. De ahí que, según esta interpretación, pseudo-espiritista, la sociedad no puede estar construida de otro modo que como está, porque es la consecuencia necesaria de las diversas causalidades individuales, el resultado de lo que todos y cada uno en particular han conquistado en sus respectivos karmas y que, en virtud de las desigualdades que constituyen el presente, devienen a la sociedad del futuro, indefinidamente, las consecuencias que han de engendrar las mismas o análogas desigualdades. En tal concepto, la Tierra es un mundo de expiación y, por lo tanto, no hay sitio en ella para el Socialismo: la igualdad económica y social es una bella utopía, una aspiración muy hermosa pero irrealizable. En este espiritismo desvirtuado inutilizado para toda palingenesia social, sólo hay sitio para la caridad de la limosna y si se le apura mucho a fuerza de lógica, ni aun ésta tiene razón de existir, pues, trabar con la caridad el efecto moral que inexorablemente debe cumplirse, es aplazar la expiación, entorpecer el progreso moral del espíritu.

Los que defienden este criterio, probablemente consultan mejor sus intereses que la filosofía y la moral espíritas. Y no es extraño que las personas poco versadas en la doctrina, haciéndose eco de esta interpretación simplista, atribuyan al Espiritismo conceptos reaccionarios y contrarios, por ende, a su ideología social, que es de por sí revolucionaria y esencialmente Socialista.

Para destruir este falso concepto y dejar libre el ánimo del lector a la concepción socialista del Espiritismo, expondremos aquí los razonamientos pertinentes, destinados a responder a la objeción de los profanos y a la simplicidad de los adeptos.

Admitimos los espiritistas que el mal, el error, la injusticia, el vicio, etcétera, forman parte de la condición material y moral de nuestra existencia social, como términos negativos de la evolución, pero oponemos a ellos el bien, la verdad, la justicia y la virtud, como términos positivos de la misma, ambos indispensables para el progreso y perfeccionamiento del espíritu, sin lo cuales no es concebible ninguna existencia social. Pero el conjunto de todos estos males como de sus términos positivos contrarios, que constituye la trama moral de nuestra sociedad, no es más que la condición de nuestro progreso, el medio necesario donde debemos actuar (y no adaptarnos), para templar en él nuestro espíritu; es la resistencia natural, en la que debemos ejercitar nuestra actividad anímica y nuestra voluntad.

El hecho de no poner resistencia al mal, a las injusticias y crímenes sociales (suponiendo que éstos resulten beneficiosos) implica egoísmo y cálculo utilitario de la ley de causas y efectos de los que se someten pasivamente a ellos. Pues, si todos ese conjunto de males eleva espiritualmente al que los soporta, perjudica, en cambio, a quienes los causan, que tendrán más tarde que pagar sus consecuencias;

y en este caso la sumisión y la humillación son dos veces condenables, porque hacen, en el presente, desgraciados a las víctimas y, en el futuro, a los victimarios. Con esta moral falsamente espiritista se tiende a fomentar dos clases de egoísmos y ambiciones criminales, cuando lo lógico y concordante con nuestra doctrina, es enseñar y fomentar lo contrario. Pues si debemos someternos a las imposiciones del mal, para elevarnos más tarde a expensas de los sufrimientos futuros que causamos con nuestra sumisión a nuestros semejantes; más noble, más meritorio y más glorioso es que nos elevemos sin que nadie tenga que sufrir en lo futuro por culpa de nuestra humillación, de nuestra indiferencia, de nuestra falta de valor y de entereza moral, para repudiar el mal y enseñar y defender el bien.

La ley de causalidad espírita no es, pues, unilateral: es ley de compensación y equivalencia moral, que repara sin castigar, sin someter al ser, necesariamente, al mismo mal que ha causado, a las mismas condiciones de vida que ha impuesto, que sanciona en el tiempo y en el espacio, sin sujeción a fatalismo alguno, a ninguna norma mosaica; no hay en ella causa sin efecto, acción sin consecuencia, pero las consecuencias tienen diversas posibilidades de reparación, y hasta el sufrimiento moral del victimario puede ser la completa satisfacción de la víctima, sin que la reparación se exteriorice en actos de orden material. Las almas que sufren intensamente, sin motivo aparentemente justificado, quizás no sufren en vano; los enfermos o lisiados, dementes o idiotas, bien puede ser que sufran la herencia psicológica y moral de sus anteriores abusos. El ser que en el instante de la muerte dirige una mirada a su conciencia y en el arrepentimiento por una vida dedicada al mal, implora perdón para sus faltas, puede quedar redimido en las conciencias de sus víctimas sin otra sanción que ajustar, en existencias sucesivas, su conducta a mejores procedimientos.

Se puede dar a la sociedad, en determinada existencia, tanto bien como mal se le ha causado en otra, y no hay por qué subordinarse a sus leyes tiránicas ni considerar sus injusticias, sus crímenes e inmoralidades como consecuencias justas e inevitables de existencias anteriores; y ese bien no implica necesariamente la existencia de una sociedad constituida en clases económica y socialmente antagónicas, ya que las desigualdades naturales de los hombres, desigualdades de fuerza, de salud, de inteligencia, de conciencia, de sentimientos, de aptitudes, de talento, etc. ofrecen amplio campo al espíritu para desarrollar una existencia dedicada al bien y a la purificación de todas sus bajezas, injusticias e inmoralidades pasadas. Los ricos no deben temer que los pobres se acaben para poder hacer el bien: no hay mejor bien que vivir de los recursos del trabajo propio y dar a la sociedad el fruto de nuestros esfuerzos.

Absurdo y triste sería pensar que un déspota cualquiera que ha explotado a millones de proletarios y reducido a éstos y a sus hijos a una existencia de miseria, de hambre, de dolor y desesperación, tuviese que pasar por el mismo mal que ha

causado, tantas veces como víctimas ha hecho. No le bastaría una eternidad de existencias para saldar el mal hecho en una sola; y la misma absurdidad sería que proletario, con una conciencia y mentalidad socialista, tuviese que volver luego a la tierra a cobrarse con la explotación, con el hambre, la miseria y el dolor la deuda de sus actuales explotadores.

Esta interpretación capciosa o simplista, falsa y antisocial, es contraria a la filosofía y moral espíritas. La reencarnación es ley de evolución ascendente, y su ley de causalidad es ley de compensación, de las consecuencias morales y no de las desigualdades económicas y sociales: puede cumplirse con éstas (y sin duda se cumple) en el período de atraso de la humanidad, pero puede cumplirse sin ellas, en virtud de la solidaridad, de la fraternidad y de la igualdad que postula el Espiritismo.

Creemos haber respondido ampliamente a la única objeción fundada que se hace a la concepción socialista del Espiritismo, la cual, como hemos visto, finca en una falsa interpretación de la doctrina espírita.

El Espiritismo que es, sin disputa, el centro sobre el que gravitan todas las fuerzas del espiritualismo científico contemporáneo, lejos de poner trabas doctrinarias a la conciencia de los hombres para la consecución del socialismo, es la ideología científica filosófica y moral que más sólidos cimientos le ofrece, porque sin base moral y espiritual no hay verdadero socialismo, porque socialismo no es materialismo, ya que tiene sus raíces en el hombre (en su espíritu), y no fuera del hombre: no es la suma de las cosas y de las actividades materiales, no es siquiera la riqueza económica, que constituye la base materialista de la vida social, tampoco es la concepción materialista filosófica o histórica, porque ésta puede existir, sin ser socialista y aun siendo contraria al socialismo; es distribución equitativa de la riqueza social en base de una moral y una conciencia superiores que no radica en los factores materiales, es la organización racional del trabajo en vista de un provecho social, la ordenación armónica de las fuerzas productoras, la comunidad de esfuerzos y aspiraciones en conformidad con las necesidades y con las aptitudes y capacidades individuales. Y organización, orden y armonía sociales, equidad, justicia y razón, no son cosas inherentes a los factores de orden material, ni a la riqueza económica, sino propios del espíritu que anima al cuerpo que destruye y construye la estructura económica con arreglo a un fin, organiza, ordena, distribuye equitativamente y, en virtud de su actividad, de sus facultades, aptitudes y aspiraciones, sobre la base económica de la sociedad caducada – que él mismo ha construido sobre otra base económica inferior – resuelve sus propias contradicciones y edifica el socialismo, que es su obra, obra grandiosa, obra dinámica, de economía social, de justicia, de moralidad y de espiritualidad siempre en vías de una mayor perfección.

Y he ahí cómo el Espiritismo, con su concepto genético y unitario de la vida humana en el sucederse de los siglos, concibe la acción del espíritu sobre el proceso de la historia.

## **FALSO CONCEPTO DEL ESPIRITISMO**

Llamo falso concepto del Espiritismo a la errónea interpretación o comprensión equívoca que muchas personas tienen de su filosofía en lo que a su aspecto moral y sociológico se refiere. Y es sobre este punto que deseo hacer reflexionar a las personas estudiosas que, animadas de un noble propósito de redención humana, desean que nuestra ideología se abra camino a través de tantas miserias y prejuicios morales y se le aprecie en su verdadero valor filosófico, estimulando que la recta interpretación de su doctrina moral y sociológica tiene para la Humanidad y para sus ideales superiores más importancia que la comprensión científica de sus fenómenos que, por ser de más difícil alcance, sólo es accesible y de mayor interés a un número – por desgracia bastante reducido – de estudiosos.

Muchas personas, aun conociendo relativamente el Espiritismo y a pesar, en algunos casos, de su mucha erudición, dan a éste un significado moral y sociológico completamente falso y que no puede por menos de chocar con el verdadero concepto filosófico que se desprende de sus hechos y de sus postulados y con las aspiraciones ideológicas que bregan por elevar el nivel moral y social de los individuos y de los pueblos, impulsándolos hacia una era de paz, de amor y de justicia.

Lógicamente, más que a ninguna otra tendencia ideológica, corresponde al Espiritismo – dado su conocimiento científico y espiritual del hombre – trabajar por el advenimiento de una sociedad mejor, despreocupando a los hombres de sus bajas pasiones, de sus prejuicios y mezquinos intereses, por se éstos los que dan origen al más perjudicial de los materialismos y servir de amparo a un sin fin de iniquidades, de crímenes y de vicios que generan y se desarrollan en el seno de la sociedad, pero que son susceptibles de hacerse desaparecer, o por lo menos disminuir, enseñando racionalmente, sin sofismas ni acomodos, nuestra moral y la sociología que de ella se desprende.

Por desgracia, los detractores de nuestra filosofía y los simplistas, sin lógica ni discernimiento, que vegetan a su sombra, creen, o se empeñan en hacer creer, que el Espiritismo es una doctrina de adaptación, de acomodo al medio social y económico, de conformidad a todas las fluctuaciones y circunstancias de la vida, de sujeción a los convencionalismos sociales y a las rutinas, de contemplación ante los sufrimientos humanos, las miserias y dolores impuestos por el régimen en que vivimos, ante los crímenes y horrores a que este régimen da lugar. Suponen que el

Espiritismo es el resurgimiento de las viejas teologías, un sistema de degradante estoicismo, que enseña la sumisión a todas las imposiciones, despotismos y ensañamientos, a todas las inmoralidades e injusticias existentes que la moral aviesa de la sociedad considera como virtudes; que tiende al apocamiento y a la relajación moral de los individuos y de los pueblos; que, aspirando el hombre a una vida ultraterrena, como compensación de los sufrimientos terrestres, cuanto más se humille, se arrastre, se degrade y sufra, cuanto menos resistencia oponga al mal que se ensañe en él o en sus semejantes, cuanto más halague o adule a quien lo oprima, tanto más será su felicidad y su bienaventuranza en la otra vida y mayor el mérito por su indignidad. Y de ahí deducen los detractores de la filosofía espírita que ésta es la doctrina más antisocial y la más opuesta al mejoramiento del individuo y de la sociedad.

Aparte de las torcidas interpretaciones de los profanos, de los detractores y simplistas, hay también las que, inconsecuentemente dan algunas personas de cultura superior, a quienes vendría bien el título de oportunistas, las cuales, no habiéndose despojado aún de prejuicios religiosos, sociales o de otra índole y a pesas de tener perfecto conocimiento de la filosofía espírita, dan a ésta una interpretación moral y sociológica de acuerdo con sus prevenciones, sus intereses o con el ambiente o situación económica en que actúan. Esta interpretación convencional y detestable; que lo mismo le hace servir para exaltar el bien y la virtud que para justificar el crimen y el vicio, que igual ensalza la ferocidad del guerrero que la santidad del Apóstol: que paga igual tributo al detentador acaudalado y al mezquino usurero que a la honradez y generosidad del filántropo; que confunde la humildad con la humillación que rebaja la bondad y la dulzura del carácter hasta el consentimiento y aprobación de todas las infamias, imposiciones y relajaciones morales; que pone una mordaza en la boca de cada rebelde que ansía un mundo de paz, de amor y de justicia, y ayuda a hacer más pesada la cruz que desgarras las espaldas de los débiles; que busca conciliar la moral espiritista con la moral de los códigos y con esa otra moral social circunstancial, acomodaticia, que vale tanto como vale un impuesto y que para el mismo vicio o el mismo crimen, igual tiene la silla eléctrica que la cruz de honor; que, en fin, media hora después de estar con Jesús está con Pilatos y media hora después con Herodes; esa interpretación, digo, es, en mi concepto, más perjudicial al Espiritismo que las anteriores, porque asume ante la opinión de los profanos y de los simplistas, un valor de lógica que, aunque falseada ésta, tiene el mérito de la autoridad de quien la expone.

Cuando así se interpreta nuestra doctrina no es extraño que las demás ideologías y los hombres que aspiran a la dignificación de la Humanidad miren al Espiritismo con prevención y desconfianza y que, aun admitiendo sus hechos, le nieguen la virtud palingenésica y moralizadora de su doctrina. Es entonces, deber de los espiritistas de verdad exponer fielmente, sin endilgos ni torcimientos, el concepto moral y sociológico del Espiritismo, yendo a la fuente prístina de sus enseñanzas y

sometiendo a la crítica razonada las interpretaciones capciosas, antojadizas y convencionales.

Por nuestra parte formularemos aquí algunas falsas apreciaciones, con las cuales se mixtifica y desvirtúa el concepto moral y sociológico del Espiritismo, dividiéndolas en dos categorías, las de los detractores y eruditos y la de los simplistas y oportunistas.

El espiritista – dicen los primeros – aspirando a planos de existencia superiores, siente un gran desprecio por las cosas y asuntos de este mundo, del cual desea constantemente escaparse como el prisionero de su prisión, por ser esta existencia un episodio molesto de la vida, que considera eterna, en la seguridad que tiene de hallar fuera de la tierra horizontes más amplios y más libres para su felicidad.

Para conseguir este fin, el espiritista debe llevar una vida de anacoreta, vivir en actitud mística y contemplativa con la mirada siempre fija en el mundo de los espíritus, despreocupándose cuanto sea posible del plano empírico, de las cosas materiales, que tiene por viles.

Siendo el mundo y la sociedad el resultado de un plan predeterminado por Dios, el espiritista lo acepta tal cual es, sin intentar modificarlo, porque toda revelación, todo repudio, toda acción tendiente a combatir una injusticia, a corregir un defecto en el régimen social, a transformar las instituciones etc., implica en él una insubordinación a la Autoridad Suprema.

Para el espiritista, todo mal, todo error, toda injusticia forma parte de este plan, obedece a la ley de causalidad moral: un mal es la consecuencia necesaria de otro mal y el adepto del Espiritismo se siente obligado a respetar esta ley.

El espiritista vive obsesado en el estudio de las cosas del otro mundo, menospreciando las que la ciencia enseña en este: trata de dar luz a los seres de ultratumba que bajan a sus sesiones sin ocuparse gran cosa de las tinieblas en que viven los de este plano; tiene sabios consejos, piedad y disculpa para los criminales y demás pecadores desencarnados, para quienes pide alivio y perdón, pero no tiene una sola palabra de consuelo, una disculpa, un consejo, ni una actitud defensiva para los delincuentes vivos, a quienes deja a merced de la desgracia, del odio de la sociedad y del castigo y venganza de la ley.

El espiritista –agregan-, condena las pasiones y los goces materiales de la vida –que son sus verdaderos propulsores- considerándolos como obstáculos para el perfeccionamiento del espíritu.

Hasta aquí los falsos intérpretes de la primera categoría.

Veamos ahora cómo conceptúan nuestra moral y nuestro modo de actuar en la sociedad, los de la Segunda, o sean los simplistas y oportunistas, los cuales – muchos de ellos, a pesar de estar vinculados con nuestra ideología – sus simplicidades y equilibrios dialécticos sirven de asidero a las críticas ideológicas e infundadas de los primeros, que se atienen a ellas más que a la doctrina.

El espiritista, dicen éstos, no debe rebelarse contra las injusticias sociales, contra los males de la sociedad, contra las miserias y dolores que afligen a sus semejantes, porque cada uno, de acuerdo con la ley de causalidad, ocupa en este mundo el lugar que le corresponde, la condición y posición social que se ha conquistado: debe ver sufrir y callarse y hasta alegrarse del sufrimiento propio y ajeno, porque, según sus creencias, el sufrimiento purifica el alma; debe ver a la víctima siendo escarnio del verdugo, y no decir nada, porque aquella, en otra existencia habrá sido sin duda, victimario, y ahora sufre las consecuencias; evitarle esta expiación de su falta, es hacerle un mal, hay que dejarlo, pues, sufrir: lógicamente, comete una inconsecuencia socorriendo al menesteroso, porque éste no sería tal si en su anterior existencia no hubiese sido un avaro, un rico acaudalado y egoísta; tampoco debe socorrer al que sufre un accidente en la vía pública, porque si éste tiene una pierna rota e agoniza bajo las ruedas de un tranvía, es porque en su vida anterior ha roto una pierna a alguno (probablemente la del mismo lado cuya fractura experimenta) o ha hecho sufrir la misma agonía (quizá al mismo motorista que, sin querer ni saber, lo aplasta).

Si se trata de un detentador de la riqueza social, de un rico usurero, egoísta y acaparador, de un déspota poderoso o de un malandrín de siete suelas cualquiera, que gozan a expensas de sus semejantes: ¡Pobres!..., dice el simplista (considerando la posibilidad – que para él se convierte en una certeza – de sus míseras vidas pasadas), quizá habrán vivido anteriormente existencias miserables; sin duda – agrega – han sido esclavos, pordioseros: habrán pasado frío, hambre, sed de justicia etc. y hoy tienen en sus encumbradas situaciones la compensación de sus privaciones y sufrimientos...; no hay, pues, por qué reprocharles sus egoístas proceder; cada uno ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde, lo mismo la víctima, que el verdugo: todo es en la sociedad orden y armonía... Dejadlos disfrutar tranquilamente de los justos privilegios alcanzados, aunque sus hermanos gimán y perezcan en la desesperación y en la miseria. Dejadlos, dicen a su vez los oportunistas, alegando el porvenir causal de los potentados, pero defendiendo más bien su cómodo presente; dejadlos, que tendrán que sufrir las consecuencias de su egoísmo en existencias venideras. Y, como si esto fuese poco, agregan en su descargo la parábola de Jesús: “es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos”, pretendiendo hacer creer que la misión moral y social del espiritista consiste en la sola adopción de una postura evangélica.

Si ven a un semejante cubierto de harapos, hecho una piltrafa, convertido en baldón de la sociedad, adoptan entonces una postura filosófica y con el aplomo del que ha penetrado en las predeterminaciones ajenas, dicen: “es su misión”. Si más tarde este ser miserable y pordiosero, debido a sus propios esfuerzos o favorecido por la suerte, ocupa una posición social y económica elevada, repiten la misma frase: “es su misión”. Si luego por pereza, impericia, o falta de economía o previsión cae en la desgracia y en la ruina, también: “es su misión”. Si se encumbra nuevamente, pisoteando a media humanidad en su ascensión inmoral, lo mismo: “es su misión”. Si muere ahogado por imprudencia o hinchado por demasiada avaricia, no hay duda que, de acuerdo con el criterio simplista, ha cumplido igualmente “su misión”.

Una amigo espiritista, un tanto bromista, parodiando a esta clase de intérpretes de nuestra doctrina, me decía no hace mucho si cuando a un hombre lo están ahorcando no sería conveniente para la elevación de su alma ayudar a ahorcarlo, porque, sin duda, de acuerdo con el criterio simplista de la ley de causalidad espírita, lo tendría bien merecido y no sería de buenos espiritistas privarlo de este trance placentero, que quizá él mismo hubiese elegido como una prueba para cumplir una misión y que poner obstáculos a su libre desarrollo, en vez de prestarle ayuda, sería estancar su progreso.

Esto que pudiera parecer una invención exagerada de la lógica simplista, no lo es. Y, para demostraros que no hay en todo lo que digo ni invención ni exageración, voy a citaros un hecho concreto:

“Un visitante que, a juzgar por la forma de expresarse daba la impresión de ser espiritista y estar versado en la doctrina, preguntó si cuando un hombre está sufriendo, no sería perjudicial aliviar sus sufrimientos, pues con esto – partiendo de que todo efecto tiene una causa y de que el dolor es necesario – se le impediría enmendar sus faltas pasadas y se le privaba de los medios que Dios le proporciona para el perfeccionamiento del espíritu.”

De lo que se deduce – según la lógica simplista – que si el aliviar el sufrimiento es malo y el dejar sufrir es bueno, el ocasionarlo es mejor y que, cuanto más mal se haga, más bueno se es. Y, aparte de la paradoja de tan absurda doctrina, ya pueden considerarse los efectos morales que produciría en el mundo y qué gloria sería para los espiritistas semejante aberración.

En esta primera fase de mi trabajo he tratado de exponer, en sus diversos puntos de vista, el falso concepto moral y sociológico del Espiritismo y cómo, con semejante interpretación, se le rebaja a la más inmoral y antisocial de las ideologías.

Analícemos ahora estas apreciaciones, a fin de demostrar que tal manera de razonar y sacar conclusión es contraria a la esencia de la doctrina y que, en muchos

casos, no pasa de ser una pura mixtificación hecha por los detractores del Espiritismo, con el propósito de rebajarlo ante las tendencias contrarias.

Es un gravísimo error de lógica, cuando no un sofisma, el sostener que el espiritista, por el hecho de aspirar a planos de existencia superiores, tenga necesariamente que sentir desprecio por las cosas y asuntos de este mundo, puesto que el solo buen sentido o la lógica más elemental enseñan todo lo contrario. Si el progreso del espíritu, su adelanto moral e intelectual, si todas sus perfecciones futuras y su felicidad tienen por base las actividades del presente – el bien que haga y el mal que evite, los conocimientos que adquiera, los sacrificios y esfuerzos que para ello realice, los efectos y consideraciones que por sus virtudes se conquiste – cuanto mayor empeño ponga en las cosas y asuntos de este mundo – es decir, en aquellos que, física, moral y espiritualmente, le beneficien a él y a sus semejantes – tanto mayor será el bien que se labre para su felicidad y perfeccionamiento futuros. Y he aquí cómo el espiritista está moralmente obligado por la fuerza de sus convicciones a trabajar con fe y con tesón por las cosas y asuntos del plano terrestre, en sentido más amplio y elevado que las demás tendencias ideológicas, porque las cosas y asuntos de este plano son la condición indispensable para su ascensión a planos de vida superiores, inaccesibles a los espíritus apocados e inactivos, indiferentes y egoístas.

El espiritista se encuentra en análogas condiciones que el estudiante que tiene conciencia de la carrera que sigue y del fin elevado de sus estudios: éste aspira siempre a grados superiores y, lejos de sentir desprecio por el grado inferior en que se encuentra, por las cosas y asuntos de la escuela a que pertenece, por los profesores que le enseñan y los libros en que aprende, se siente vinculado a ellos por un sentimiento de solidaridad y pone el mayor empeño en aprovecharse de las lecciones y de los ejemplos que recibe, para su adelanto y el de sus discípulos, lo mismo que para el adelanto general de la escuela; sin que esto sea una razón para que no repudie y combata los malos métodos de enseñanza, las viejas tendencias escolásticas, los hábitos perniciosos, la negligencia de sus compañeros, sus irregularidades y sus vicios, la demasiada severidad de sus maestros, el exceso de disciplina y los sistemas anacrónicos de la enseñanza y del régimen escolar.

El sofisma de los críticos de la doctrina espiritista consiste, pues, en este caso, en sostener que el estudiante, símil del espiritista, tiene necesariamente que sentir desprecio por las cosas y asuntos de la escuela a que pertenece, por el hecho de aspirar a grados o escuelas superiores.

La actuación del espiritista en este mundo tampoco puede ser de “mística contemplación” puede así como el estudiante permanecer inactivo, en actitud contemplativa, soñando en los beneficios y goces espirituales que le proporcionará algún día la enseñanza de las escuelas superiores, despreocupándose de los

estudios que corresponden a su clase – porque en este caso no adelantaría nada –; tampoco el espiritista puede – si ha de ajustarse con lógica a su doctrina – permanecer en actitud mística, contemplando inactivo la vida del más allá y despreocupándose de las cosas y asuntos de la Tierra, cuando es aquí y en el ejercicio de todas sus facultades y aptitudes, donde debe prepararse y adquirir la suma de perfecciones y conocimientos que lo hagan digno y merecedor de una superior existencia.

Otro de los errores o sofismas de los detractores de la doctrina espírita es el de pretender que ésta es, por sus consecuencias, fatalista y atribuir a los espiritistas la creencia de que Dios ha predeterminado las cosas de este mundo de modo que el hombre tenga que someterse pasivamente a ellas.

Para el concepto espiritista, Dios no ha preestablecido ningún plan que en el desarrollo de los hechos y acontecimientos sociales excluya la intervención consciente, inteligente o relativamente libre del hombre. Creer que el Ser omnisciente que rige los destinos del Universo ha podido predeterminar las cosas tal cual suceden en la sociedad sin sus reacciones correspondientes, equivaldría a sostener el absurdo de que Él quiso que, por mezquinos intereses y desmedidas ambiciones, los pueblos se lanzasen unos contra otros en guerras fratricidas; que la mayor parte de las energías humanas se empleasen en empresas perjudiciales, en construir instrumentos de muerte y de exterminio; que hubiese políticos y mandatarios que engañasen a los pueblos y, so pretexto de gobernarlos y de ocuparse de su felicidad, labrasen, con el sacrificio ajeno, la suya propia; que existiesen religiones que, amparadas en su nombre, predicasen absurdos y mentiras para mantener a los hombres en la ignorancia y ellos regodearse a expensas del erario público y del comercio vil entre el cielo y la tierra; que hubiese, de intento, puesto en su plan cosas destinadas a la concupiscencia y a la degradación; que, como una burla y una ironía sangrientas hubiese acordado levantar patíbulos y guillotinas para unos hombres, no menos criminales que los demás y a quienes condenan, pero investidos de inhumana autoridad, mandasen ejecutar a éstos con la mayor sangre fría, para escarmiento de todos menos de ellos mismos, y que el delincuente vulgar e inexperto fuese, en muchos casos, juzgado, perseguido y castigado por el delincuente más hábil, más inteligente y más encumbrado; equivaldría, en fin, a hacer de Dios, ser todo amor, todo justicia, todo inteligencia, un verdadero monstruo, sin ninguno de los atributos divinos que el Espiritismo le reconoce.

Dios no preestablece ni predestina los acontecimientos y mucho menos los sociales, que están sujetos a contingencias, sin que por esto contradigan el principio de causalidad; porque preestablecer y predeterminar son términos que expresan concepciones humanas. Y esto debieron saberlo los críticos de la doctrina espiritista por ser muchos de ellos doctores y filósofos, o tener el título de tales.

Para Dios no puede existir ni pasado ni futuro sino un eterno presente, porque siendo infinito en sus atributos, también lo es en el espacio y en el tiempo. Dios establece y determina constantemente los acontecimientos por medio de sus leyes sabias y constantes que abarcan todos los factores concomitantes que contribuyen necesaria o contingentemente a su realización, entre cuyos factores está, en primer término, el espíritu humano que, lejos de ser pasivo, es consciente, inteligente y voluntario, es decir, capaz de determinarse, de reaccionar contra el medio social, contra los demás factores extrínsecos y realizar libremente su propio destino, sin que por esto tenga que infringir ninguna ley divina, obre bien u obre mal, porque sus debilidades y sus torpezas, como sus virtudes y sus aciertos, están dentro de las posibilidades infinitas de Dios con las que, necesaria o contingentemente realiza igualmente el hombre sus designios. Y así como las posibilidades de Dios son infinitas, son también infinitas sus leyes e infinito el tiempo que el espíritu humano tiene para cumplirlas.

Para el espiritista – contrariamente a las deducciones de los críticos de mala ley – el hombre es la verdadera causa actuante, consciente y propulsora de la dinámica social, el factor primordial y esencial del desarrollo progresivo de la sociedad de la sociedad, al cual se subordinan los demás factores de orden material. Y, desde este punto de vista de nuestra doctrina, no es ni puede ser un simple espectador de los acontecimientos humanos, un contemplador, indiferente a los dolores y miserias de sus semejantes, un contemporizador con los privilegios, las injusticias, los vicios y las iniquidades que constituyen la base inmoral de nuestra sociedad; no puede ser un despreocupado de las cosas de este mundo, un sumiso, un esclavo de las imposiciones sociales. No dudamos que entre los adeptos del espiritismo haya simplistas que lo crean así; pero, en este caso, combátase esta actitud negativa y humillante de los hombres y no la virtud dignificadora de los principios que enseña nuestra ideología.

Admitimos los espiritistas que el mal, el error, la injusticia el vicio etc., forman parte del plan de nuestra existencia terrenal, como términos negativos de la evolución, pero oponemos a ellos el bien, la verdad, la justicia y la virtud como términos positivos de la misma, ambos indispensables para el progreso y perfeccionamiento del espíritu sin los cuales no es concebible ninguna existencia espiritual. Pero el conjunto de males, de vicios, de errores y de injusticias, como sus términos positivos contrarios, que constituyen la trama moral de nuestra sociedad, no son más que la condición de nuestro progreso, el ambiente necesario donde debemos actuar (y no adaptarnos), para templar en él nuestro espíritu; es la resistencia natural, en la que debemos ejercitar nuestra energía espiritual, para nuestro avance ascensional.

La dirección moral que traza al hombre el Espiritismo es la de reaccionar contra las malas inclinaciones, egoísmos y bajezas que hay en él y fuera de él.

El Espiritismo no ataca a las pasiones, sino cuando éstas son bajas y degradan al hombre, o cuando son absorbentes y le subyugan y esclavizan. Las pasiones, si bien son las generadoras de los vicios más bajos y deprimentes, también lo son de las más grandes virtudes y de las empresas más nobles y elevadas. El alma – como bien dijo uno de los precursores de la filosofía espírita, el divino Platón – va en un carro tirado por dos corceles, uno blanco dócil, de formas graciosas, representa las pasiones generosas de nuestra naturaleza; el otro negro, de cabeza maciza, con los ojos inyectados en sangre, siempre lleno de cólera, no obedece sino a duras penas al látigo y al aguijón; éste representa las pasiones bajas. La razón sostiene las riendas del carro; se sirve hábilmente del corcel blanco para corregir los ímpetus del caballo negro, y hecha dueña soberana de su yunta, adelanta con paso firme y seguro a través de las tempestades de la vida hasta que franquea las puertas de la inmortalidad. Nada mejor que esta hermosa metáfora del autor del *Fedro* para expresar el concepto espiritista de las pasiones.

Con lo expuesto creemos haber demostrado de modo satisfactorio la falsedad de las apreciaciones y acusaciones de los que atribuyen al Espiritismo una moral de pasividad y de negación, frente a los problemas sociales y a los asuntos de la vida terrena.

Vamos ahora a responder al falso concepto de los simplistas y oportunistas, sobre los cuales – dicho sea para descargo de los verdaderos espiritistas – debiera recaer toda la responsabilidad de las precedentes acusaciones, porque ellas se fundan, mas que en un malentendido de la doctrina, en sus interpretaciones erróneas y en sus inconsecuencias.

Sostener que el espiritista debe adaptarse al medio social: convivir con los intereses creados, con los egoísmos, las vilezas, los prejuicios e inmoralidades y no combatir los males e injusticias sociales ni tratar de aliviar los dolores y miserias de sus semejantes; decir que cada uno ocupa el lugar que le corresponde en la sociedad y que hay que dejarlo en ese lugar; que el que sufre es porque ha hecho sufrir anteriormente a los demás y necesita del sufrimiento (con el agravante de que hay que dejarlo o hacerlo sufrir) para purgar el mal hecho; dar por originados en existencias anteriores todos los males, todos los abusos, desmanes, crímenes, desigualdades e iniquidades que se contemplan en el mundo, tratar de justificarlos y pensar que la condenación y la reacción contra ellos son contrarias al espíritu y a la moral de nuestra doctrina; significa, más que una falsa interpretación, una falta de lucidez, en la conciencia de los que tal cosa creen o suponen.

Si los espiritistas sostuviésemos semejante monstruosidad moral, la sociedad –por lo menos la parte sana- tendría razón suficiente para encerrarnos en un manicomio y sólo pasaríamos por cuerdos ante la opinión interesada de los encumbrados, de los egoístas y de los pillos, y el Espiritismo no serviría más que

para justificar todas las infamias y garantizar el goce de unos a expensas de la desdicha y del dolor de los demás.

Para refutar semejante absurdo, partamos ante todo, de que Dios ha puesto un velo a nuestro pasado para dejarnos obrar en el presente de modo que el recuerdo de lo que hemos sido no obstaculice nuestros esfuerzos para llegar a lo que debemos ser, ni nos coloque en condiciones de inferioridad unos con respecto a los otros.

Ignorando, pues, nuestro pasado, mal podemos justificar nuestras diversas situaciones y accidentes presentes ni sujetarnos a ellos. Pero si, por inducción, partimos de lo que somos para poder presumir lo que hemos sido, no tenemos por esto, el mismo derecho de deducir a priori de lo que ignoramos haber sido, lo que tenemos necesariamente que ser en un momento determinado de nuestra existencia, máxime si se tiene en cuenta nuestra libertad moral.

Cuando raciocinamos a posteriori, partiendo de un hecho conocido como es nuestra existencia actual, hay razones poderosas para persuadirnos, no sólo de lo que somos, sino también de lo que podemos y debemos ser, de acuerdo con nuestro concepto ideológico de la vida.

Si un hombre, por ejemplo, me hace un daño, por inducción, hipotéticamente, concluir que este daño debe tener una causa anterior y un efecto posterior, pero no puedo partir de la causa que desconozco para justificar el efecto conocido, ni puedo suponer que este daño tenga necesariamente una causa anterior, originada por un acto anterior mío, puesto que en el orden moral nada no autoriza – ni el Espiritismo nos enseña – a creer en la serie infinita de causas y efectos, porque bien puede suceder – y por mi parte estoy moralmente convencido de que así suceda – de que muchas de nuestras acciones, de nuestras situaciones buenas o malas, de nuestros sufrimientos y de nuestras alegrías, tienen un origen inmediato aquí en esta existencia. Y esto es ya un motivo para no caer en la simplicidad de atribuir a todas nuestras acciones y situaciones terrestres una causa remota que a su vez vendría encadenada en una serie de causas infinitas.

Aun aplicando este mismo razonamiento al principio de causalidad espírita y admitiendo, según el concepto simplista, que toda acción o situación humana presente, tiene un antecedente causal en anteriores existencias y un efecto consiguiente como consecuencia moral de la misma acción o situación, no probaría esto de que necesariamente el mal deba enmendarse con el mal, la injusticia con la injusticia, la ofensa con la ofensa, porque la ley de causalidad espírita no es unilateral sino bilateral, es decir, que un daño recibido puede ser enmendado por parte de quien hace con un bien equivalente, sin necesidad de sufrir el mismo mal causado. Y esto es precisamente lo que enseña la doctrina espiritista, que difiere

esencialmente del “ojo por ojo y diente por diente” de Moisés y de la moral de las religiones y sistemas fatalistas.

El mal no es, pues, la consecuencia necesaria de otro mal, y el espiritista no tiene el deber de respetarlo ni someterse a él.

Si un hombre se está ahogando, pongamos por caso, no sería razonable ni de buenos espiritistas entrar en averiguaciones si esa es la situación que, de acuerdo con sus acciones pasadas, le corresponde, o si la tiene o no merecida; su deber moral es tratar de salvarlo.

Del mismo modo, si este mismo hombre sufre privaciones, dolores, enfermedades, miserias e injusticias, causadas por la avaricia, el egoísmo y la prepotencia que ampara la ley, no debe referirse a él y decirle: ¡sufré! ¡aguanta! ¡cállate! ¡sométete! humíllate! porque todo esto es la consecuencia de análogas faltas cometidas en anteriores existencias; sino dirigirse a los causantes de todos estos males y reprocharles su conducta, haciéndoles comprender que sus actos actuales y sus inicuos procederles tendrán en el futuro fatales consecuencias.

No es, pues, mirando para atrás sino mirando hacia adelante como debe conducirse el verdadero espiritista. Supongamos que una persona se presentase a uno de estos simplistas que pretenden justificar todos los males del presente por las acciones del pasado y le pidiese prestado una cantidad de dinero para salir de una situación apremiante, y que, cuando éste fuese a pedírsela, la tal persona le dijese:

— Amigo, yo no le debo nada; aún está usted pendiente de una deuda conmigo.

— ¿Cómo?, diría el simplista. Es la cosa más natural y espiritista del mundo: Sucede que en nuestra existencia anterior yo le presté una mayor cantidad de la que usted me devolvió. Y ahora, para saldar la cuenta debe usted devolverme el resto.

Sin duda que el simplista no iba a quedar muy conforme, y, sin embargo, esa es su lógica. Lógica muy buena, sin duda, para el sostenimiento de todas las maldades y pillerías y, especialmente, para hacer frente a nuestros acreedores.

En rigor, nadie ocupa en la sociedad el lugar que le corresponde o le pertenece, sino el que se ha labrado, muchas veces a expensas de la ignorancia y de la debilidad de los demás. De hecho todos ocupamos un lugar, pero de derecho ninguno ocupa el que debe ocupar. El lugar que cada uno ocupa en la sociedad no está prefijado fatalmente; es accidental, momentáneo, un instante pasajero y fugaz de nuestra evolución; cambia incesantemente y puede y debe cambiar todo el impulso de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos y de nuestros esfuerzos; y el conjunto de las voluntades, de los sentimientos y de los esfuerzos mancomunados

puede imprimir a la sociedad un nuevo giro y hacerla capaz de una ideología superior que haga desaparecer muchos de los males e injusticias sociales.

No deben cegarnos ni estancarnos, las posiciones fortuitas, circunstanciales y pasajeras, no siempre necesarias ni justas, porque la justicia no se cumple en un instante de nuestra evolución, sino en el progreso eterno de nuestro espíritu.

Lanzados como la flecha al espacio, con un fin ideal y sin solución de continuidad en nuestro avance, no ocupamos jamás un lugar preciso en la escala infinita de nuestra evolución. Y es por eso que el lugar que nos corresponde en el mundo estamos muy lejos de ocuparlo, y creo que jamás lo ocuparemos definitivamente. Pero hay sí un lugar, que está en nuestra conciencia en nuestra conciencia de espiritistas, que es el que nos señala nuestra ideología y el cual debemos ocupar en todo momento, elevándonos por encima de todas las bajezas humanas, de todos los convencimientos, de todas las circunstancias acomodaticias y de todos los intereses egoístas, para tener la libertad y el valor de decir nuestra verdad, sin ambigüedades ni torcimientos, pero también sin odios y sin rencores para nadie, considerando que las posiciones y clases sociales no constituyen categorías de orden moral y que el mal, en cualquiera de sus manifestaciones, depende más que todo de la falta de comprensión y de capacidad para al bien. Hagamos como el médico filántropo, que, si combate las enfermedades, es sólo con el noble propósito de curar a los enfermos. Ese es el lugar ideal que, de acuerdo con la doctrina espiritista, nos corresponde ocupar a los que nos hemos nutrido de sus sabias y nobles enseñanzas.

Obra publicada em 10 de dezembro de 1998 por Ediciones CIMA, serie Pensamiento Libre, na Venezuela – Apartado 3425 – Caracas (1010-A).

Reprodução autorizada pelo Movimento de Cultura Espírita – CIMA.

Home page: <http://www.cima.org.ve>

E-mail: [info@cima.org.ve](mailto:info@cima.org.ve)

**Manuel S. Porteiro** (1881-1936), pensador espírita argentino, considerado o fundador da sociologia espírita. Foi presidente da Confederação Espírita Argentina (1934-1935), tendo representado este país, ao lado de Humberto Mariotti, no V Congresso Espírita Internacional de Barcelona, em 1934. Escreveu os livros *Espiritismo Dialectico*, *Concepto Espírita de la Sociologia*, *Origen de las Ideas Morales* e *Ama y Espera*.